

FLECHA AL CENIT

S. S. KENT

COLECCIÓN

ESPACIO

FLECHA AL CENIT

por

S. S. KENT

EDICIONES TORAY, S. A.

Teodoro Llorente, 13

BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

GRÁFICAS TRICOLOR – Eduardo Tubau, 12 Barcelona

ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

1 El átomo juega su baza

2 El cerebro

3 La invasión de los hielos

4 Terror en el IV Planeta

5 La rebelión de los átomos

6 Dueños del mundo

7 Pánico

8 Dimensión "X"

9 Planetoide 2.012

10 "Ellos"

11 El negro espacio silencioso

12 Motín electrónico

13 Tesoro cósmico

14 Rebeldes de la Galaxia

15 Tiempo dos

16 Objetivo Tierra

17 Los hombres arañas de Titán

18 El enigma de los siglos

19 El hombre de la doble dimensión

20 Después del diluvio

21 La vuelta de Gulliver

22 La incógnita de Marte

23 Estampida al satélite

24 Las máquinas locas

25 Viajes prohibidos

26 La amenaza negra

27 Elia, reina de Júpiter

28 Las minas del cielo

29 F. B. I contra Marte

30 El camino sin fin

31 ¡S. O. S., Plutón!

32 Retorno al Paraíso

33 Desgravitación

34 Los fito-venusianos

35 El viajero de Saturno

36 Una lápida en la Luna

37 El planeta desconocido

38 No hay marcianos

39 Macro-Humanos de Júpiter

40 ¡Llegan los marcianosI

41 Flecha al cénit



CAPÍTULO PRIMERO

Tánger seguía siendo la exótica ciudad que tanta fama le diera en las décadas iniciales del siglo. El núcleo, formado por los típicos zocos, repletos de vendedores de falsificadas antigüedades, bacalitos con hombres de rostros morenos vestidos a la antigua usanza, era lo que todo pasajero, de paso por la ciudad, no dejaba de visitar.

Arturo Lobares se dio cuenta, a pesar de la velocidad del avión, impulsado por reactores atómicos, que a pesar de ello, Tánger había crecido gigantescamente. De Zona Internacional había pasado a ser la metrópoli comercial, la urbe más populosa de la joven Nordáfrica.

El piloto anunció por medio de la pantalla que amplificaba su imagen;

—Los señores que tengan que descender en Tánger disponen de cinco minutos para sus preparativos. Las puertas del aparato se abrirán por espacio de tres minutos. Luego se reanudará el viaje. Los pasajeros que tengan que transbordar sé dirigirán al aparato deseado siguiendo las flechas proyectadas sobre la pista...

Lobares no escuchaba a pesar de que era uno de los que tenían

que quedarse en Tánger. Contemplaba a través de su televisor de bolsillo el abigarrado espectáculo del centro de la ciudad. Lo más moderno con lo más cochambroso. Lo límpido y refulgente con lo sórdido y obscuro. ¡A pesar de todo, qué lejos de la fría sencillez europea!

De repente el silencio interior del avión quedó quebrado por el estruendo provocado por las puertas dé salida al abrirse. Como máquinas los catorce pasajeros que estaban preparados descendieron apresuradamente.

Lobares se halló solo en la asfaltada pista, caminando lentamente hacía el edificio de Control del aeropuerto. Aunque había descendido tan aprisa como los otros, ahora que ya no estaba supeditado al avión no tenía ningún deseo de llegar pronto.

«Cada día más aprisa. Este mundo se vuelve loco.»

Sonrió inmediatamente de pensar esto. Porque él era uno de los miles que hacían lo posible para que ello fuera así. Era un sarcasmo que él, tan amante de la paz y del reposo, hubiera nacido para descubrir las fórmulas científicas por las que el enunciado «velocidad» quedaba superado.

Pero ahora disponía de unas horas en que no tenía que pensar — ni podía aunque quisiera — en la «supra-velocidad», en la física, en la ciencia.

Merecido se tenía el honor de haber sido enviado al CXXV Congreso Científico de los Estados Mediterráneos, Honor que equivalía a una generosa .concesión de vacaciones por parte de las autoridades estatales de España.

—El documento de transporte, señor.

Volvió la cabeza. Un empleado uniformado le cortaba el paso, quizá impaciente por el andar lento del último pasajero del avión París-Leopoldville.

Extendió el ticket. Bastaba aquella simple cartulina para viajar por la vasta extensión de los Estados Mediterráneos. Pero en su cartera de mano llevaba otras credenciales que quizá hubieran desarrugado el fruncido ceño del empleado del aeropuerto.

No podía mostrarlas, sin embargo, a nadie más que a las personas a quienes iban dirigidas.

Atravesó los amplios salones del edificio de Control y se halló en

las pistas de aparcamiento local. Los minúsculos helicópteros de seis alas se hallaban simétricamente colocados a la espera de los clientes. Lobares hizo una seña al que tenía más cerca.

El piloto le advirtió de lejos que era él quien debía acercarse al taxiaéreo. Lobares obedeció sonriendo.

—En este lado del Mediterráneo están más disciplinados qué en otro, amigo — comentó.

El piloto no contestó, limitándose a señalar con el dedo una advertencia colocada en el transparente plástico, mientras ponía en marcha las hélices.

—«No distraigan al conductor. Gracias.» En tiempos pasados no daban las gracias — murmuró Lobares —. Por lo menos eso me contaba mi bisabuela.

El aparato se elevó raudamente. Pasó como una centella, toreando materialmente a centenares de colegas, unas veces rozándoles por encima, otras por debajo, sin qué el piloto de rostro bronceado se inmutara, a través de los túneles de tránsito inferior, es decir, de las zonas señaladas para el vuelo de los abreviadamente llamados taxiaéreos.

Divisó el Zoco Chico en cuyo ¡centro se levantaba el monumento al Pacto de Tánger de 1956, que habla creado la potente federación llamada Estados Mediterráneos, una unidad en un mosaico de pueblos libres, aliada con la Unión Atlántica en el común denominador de oposición a lo que continuaba significando la mundialmente conocida Unión Soviético-Asiática.

—Deténgase, por favor, en el Hotel Peninsular.

El piloto, siempre mudo, hizo un signo de asentimiento. Trazó, sin demostrar que una vez u otra debía frenar, una arriesgada espiral y se precipitó sobre lo que a Robares le pareció la minúscula superficie de un pañuelo.

A diez metros quedó detenido en seco. En la azotea del Hotel Peninsular había unos cuantos helicópteros y debía esperar que él que movía las aspas se elevara.

Pocos minutos más tarde se hallaba sentado en un confortable sillón tapizado a la manera árabe. Frente a él estaba el mayordomo del hotel.

—Tenemos su habitación reservada, señor Lobares. El comité

ejecutivo del Congreso se ha ocupado de ello.

—Se hospedarán otros muchos delegados, supongo.

—Efectivamente. Tenemos entre nosotros al profesor Desvrieux, de la Universidad de París.

—Me complacería sumamente tener una amplia conversación privada con él. En estos tiempos he tenido unas dudas científicas que él quizá consiguiera aclararme.

—Procuraremos complacerle, señor Lobares. Aunque «monsieur» Desvrieux es un poco, ¿cómo diría yo?, un poco reservado.

—No me cabe duda. Todos los que andamos en esto de la ciencia tenemos obligación de serlo.

—También está hospedado desde hace unas horas el coronel Aldo Rimoldi.

—¿El as de la aviación telerrápida?

—El mismo. Acaba de llegar en el avión Roma- Casablanca.

—No es un científico.

—Ha sido invitado especialmente para informar. Se dice que sus experiencias de vuelo son de gran valor en los recientes estudios sobre las condiciones humanas de resistencia...

Lobares no escuchaba las últimas palabras. Se había distraído mirando la bella figura de una muchacha que acababa de entrar en el hall. El mayordomo se dio cuenta de lo que estaba pensando el científico español, y se adelantó a aclarar, antes de que su interlocutor le preguntara:

—La doctora Ana Sheylord, también llamada a informar. Es norteamericana y asiste como observadora en representación de la Unión Atlántica.

—Linda mujer. ¿A qué especialidad se dedica?

—Fisiología astronáutica.

—Por su tipo creo que no hubiera hecho mal papel estudiando anatomía clásica griega.

El mayordomo Ben Oumnan sonrió. También él opinaba igual, pero su cargo le impedía exteriorizar opiniones particulares. Hacía

muchos días que la doctora Sheylord llamaba la atención de cuantos residían en el Hotel Peninsular. Era del tipo recio y lleno de vida, al mismo tiempo que hermoso y bien formado de las nacidas al norte del Río Grande.

Lobares consultó el reloj. Hasta las dos de la tarde en que le servirían la comida, para trasladarse luego al gran edificio de la Federación, disponía aún de tres horas en que podría deambular a su placer por las tortuosas calles de la antigua Medina.

Se decidió y se levantó del sillón. Era la primera vez en su vida que había estado tanto rato dedicado a la holganza, sin hacer absolutamente nada más que charlar, sin hacer trabajar su meteórica mente.

Vagó sin rumbo fijo. Unas veces andaba por las amplias avenidas cruzadas por toda clase de silenciosos vehículos y otras se adentraba por las típicas callejuelas que tanto le habían llamado la atención desde el aire. La Medina conservaba el esplendor de tiempos pasados, cerrada por completo a las modernas tentaciones del Gran Tánger, incluso en la manera de vestir de sus moradores.

Un nativo, ataviado a la antigua usanza árabe, con mugriento fez rojo y amplia chilaba, se acercó a Lobares.

—¿Necesita un guía, señor?

—No, gracias, amigo. Iba a regresar al hotel.

—¿Ha visto todo lo interesante de la Medina? ¿Lo más pintoresco? Estoy seguro de que no, señor. Por ejemplo, los encantadores de serpientes.

—Creo que eso es más propio que lo vea si alguna vez voy a la India.

—No se pueden comparar «nuestros» encantadores con los de la Península indostánica. Las serpientes quedan dóciles como los perritos y danzan sinuosamente cual bellas huríes del Paraíso. Le aconsejo que no se pierda tal maravilloso espectáculo.

Lobares consultó su reloj y dijo, con cierto tono de escepticismo:

—Con probar nada se pierde. Veamos.

El de la chilaba hizo una versallesca reverencia mientras se frotaba las manos con la satisfacción de ver próxima la propina.

—Por aquí, señor.

Lo fue conduciendo por una serie de enrevesadas callejuelas, por las que Lobares no recordaba haber pasado antes.

El nativo de la región, tan sudoroso como el científico, pareció aspirar con deleite el aire fresco que provenía del interior de una casucha en la que acababa de entrar, haciendo signo a su acompañante para que le siguiera.

—Ahora verá, caballero. Quedará sorprendido. Venga.

Entró y no halló traza alguna de serpientes y encantadores. El de la chilaba estaba tras de él, ocupándose en atrancar la puerta.

— ¡Eh! ¿Por qué cierra?

El árabe, por toda respuesta, sacó de sus flotantes vestiduras una pavorosa gumía.

—He decidido cambiar el programa. En primer lugar, deberá depositar en la taquilla el importe de la entrada.

Extendió la otra mano, haciendo un gesto perentorio.

Lobares puso cara de asombro.

—No entiendo, amigo.

—He dicho que me entregue el dinero que lleva encima.

—¡Ah, ya! Para terminar atracándome, no era necesario andar tanto,

—Me gusta trabajar sin apremios. Aquí podremos operar tranquilamente, registrarle concienzudamente.

—¿Podremos? ¿No trabaja solo?

Lobares quería ganar tiempo mientras disimuladamente buscaba una escapatoria. No llevaba armas encima, la salida estaba cortada por el tipo de la chilaba y no tenía ni la más remota idea del punto de la Medina en que se hallaba. Pero confiaba en la ligereza de sus piernas. Por algo había sido campeón de los cien metros libres en la Universidad de Deusto.

—No me crea tonto. Tengo varios amigos en la casa que trabajan a comisión. ¡Benamid! ¡Loayza! No había tiempo que perder, Cuando aquellos compinches aparecieran, la proporción sería de tres a uno.

Había que aprovechar las favorables circunstancias y no dejarse atracar pacíficamente.

—Bien, hombre; no grite tanto. Tome…

La codiciosa mirada del atracador se posó en el magnifico reloj de Lobares. Un «Eternum» de cuerda perpetua, de los más precisos que fabricaban los artesanos suizos. El malhechor se acercó para cogerlo, momento que aprovechó Lobares para asestarle un potente, demoledor y bien dirigido directo en la barbilla.

El árabe se tambaleó ridículamente. Lobares dio un salto hacia un corredor oscuro como la boca del infierno y dio de bruces contra alguien que venía en sentido opuesto.

Golpeó hacia lo que le pareció la boca del estómago de su contrario y continuó corriendo. El pasillo terminaba en una escalerilla y ésta, en una gran azotea.

Un inmenso panorama de blancas paredes, minaretes, postes, palomares, hilos que se entrecruzaban se distinguía desde allí. Se detuvo unos momentos indeciso sobre lo que debía hacer.

Indecisión que terminó bruscamente. Sintió un ominoso silbido rozándole la oreja.

—¡No lo dejes escapar, Benamid!

Sonaron dos disparos más, que levantaron desconchaduras sobre la blancura del muro encalado. Lobares había saltado al lado opuesto y se alejaba a toda velocidad. Debía saltar como fuera a la callejuela, mas la dificultad consistía en hallarla.

Saltaba de una azotea a otra sin conseguir vislumbrar el sitio por el que pasara poco antes. Repentinamente sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. Había tropezado con un palomar arruinado y éste se había venido abajo.

Se levantó en medio de una nube de polvo y vio que se hallaba en un patio. Alzó la cabeza y distinguió a un individuo vestido normalmente que le apuntaba con una refulgente pistola de cien disparos.

—No sea estúpido y suelte el dinero.

Lobares dio un salto precipitándose contra la puerta más inmediata. Una línea de diminutas balas trazó un surco sobre el fino enarenado del patio.

Tras cerrar la puerta, Lobares quedó jadeando, asombrado al mismo tiempo al ver dónde se había metido. El patio parecía más cuidado que el de los vecinos que había distinguido a paso de carrera por las azoteas. Pero no tenía punto de comparación con la estancia en que se hallaba.

Era de un lujo refinadamente oriental. Cubría el suelo espesa alfombra llena de arabescos, mientras mullidos cojines estaban esparcidos sobre ella. En el centro una especie de brasero, de plata y oro, demostraba que el inquilino de aquella escondida casa era hombre de caudales y de buen gusto.

Oyó una voz lejana, al otro lado. El mismo individuo que antes le disparara.

—Salga de ahí. Será peor si se queda. No sabe en qué clase de lío se está mezclando…

Otra voz le interrumpió. Era la del falso guía, el de la chilaba.

—Es mejor que nos dé la cartera y le dejaremos sano y salvo en el Tánger moderno. No tiene escapatoria ahora. Birossy es mucho más expeditivo que nosotros.

Lobares no dijo nada. De momento estaba fuera del alcance de la «100 tiros».

Sintió rumor de voces en la casa. Sin duda se habrían ya apercibido de que algo anormal ocurría en el patio y en la estancia inmediata, pese a que la pistola de los atracadores emitía solamente un ruido muy débil.

—¿Quién es ese hombre, Birossy?

Era una voz femenina. Lobares se volvió sonriendo. Pero su sonrisa se trocó en pura mueca de asombro al ver quién era la mujer que habla hablado.

Nada menos que la doctora Sheylord, la que había visto aquella mañana en el *hall* del hotel

CAPÍTULO II

La bella mujer lo estaba mirando inquisitivamente. A su lado había un hombre elegantemente vestido de blanco y otros dos tipos de siniestra catadura, empuñando pistolas como las que poco antes habían dado un susto al científico español.

—Perdonen mi intempestiva entrada... he estado a punto de ser víctima de un atraco... escapé a fuerza de puños y piernas... he caído involuntariamente aquí... me han disparado y me he acogido, sin entretenerme en llamar, a la primera puerta que he encontrado...

—Esa historia es la que cuentan todos los ladrones— comentó sarcásticamente uno de los que llevaban armas—. ¿Lo despacho?

—No soy ningún ladrón. En cierto modo soy colega suyo, doctora Sheylord.

Ella lo miró asombrada, con ligera sombra de palidez en su rostro.

—¿Cómo sabe quién soy?

—Nos alojamos en el mismo hotel. Quizá no me conozca a simple vista, porque sólo hace unas horas que he llegado de la Península. Pero quizá haya oído hablar de mí. Soy el profesor Arturo Lobares.

—¿Lobares? ¿Es cierto eso?

Las preguntas habían sido hechas por el tipo elegante que estaba al lado de la doctora. En sus preguntas no había, el tono agresivo que cabía suponer de la mirada amenazadora que había sostenido hasta entonces.

—Puedo mostrarles mis credenciales públicas. Pueden conectar para mayor seguridad con el Hotel Peninsular.

El hombre hizo una seña a los dos individuos armados y éstos salieron al patio. Cabía suponer que iban a ahuyentar a los atracadores.

—Nos basta su palabra, señor Lobares. ¿No es cierto, Ana?

La doctora asintió con la cabeza, sonriente. No se le escapó a Lobares el rápido destello de su mirada al cruzarse con la de él, como si hubieran convenido algo tácitamente.

—Permítame que me presente, Marcus Birossy.

Extraño personaje, pensó Lobares. Tendría unos cincuenta años, una mirada penetrante y misteriosa, unos ademanes de hombre de mundo y un aspecto de refinada cultura, que acrecentaba el hecho de la amistad con la doctora. Sus modales eran en extremo corteses, pero Lobares no pudo reprimir una impresión desagradable al estrechar su mano. Era fría, viscosa y tan escurridiza como la piel de los reptiles…

—Eminente especialista en arqueología artística — aclaró Ana Sheylord—. Asesor del Ministerio Unido de Cultura, delegado en Tánger de la Unesco Mediterránea.

—Amante de las bellas tradiciones árabes — añadió Lobares, dirigiendo una mirada al fastuoso escenario de la estancia —No hubiera imaginado nunca que en este barrio…

—Esto es una habitación modesta — le interrumpió Birossy—. Tendré mucho gusto en mostrarle la casa, después de la comida…; es decir, si me concede el honor de ser mi huésped por unas horas. Ana Sheylord pareció fulminar con la mirada al anfitrión. Pero fue un momento fugaz. Su sonrisa casi no se alteró.

—Me aguardan en el hotel, pero como cabe esperar de un científico una distracción, acepto de buen gusto sustituir la monotonía de un comedor rebosante por la cálida intimidad de una morada digna de los califas de Bagdad.

El propio Lobares se asombraba de pronunciar tan floridas palabras. Pero la curiosidad le acuciaba y no iba a rechazar estúpidamente la invitación. Además debía demostrar de alguna manera su agradecimiento por haberle espantado a sus perseguidores.

—En tal caso, ya podemos pasar al comedor — dijo Birossy, al tiempo que pulsaba un botón oculto tras uno de los tapices—. Tenemos otros invitados, además de la doctora. Creo que quedará satisfecho, profesor Lobares, por su imprevista visita…

Birossy había dicho la verdad al calificar de modesta la sala por la que había entrado Lobares en la casa. Iban cruzando por pequeños corredores, materialmente recubiertos de tapices y cuadros de las más diversas escuelas europeas y africanas. En otros sitios eran los muebles los que llamaban la atención del español.

Parecía como si el propietario de la casa se empeñara en no dejar ver completo un metro cuadrado de pared. Incluso los techos mostraban arabescos en yeso o pinturas representando titanes,

monstruos grotescos, seres extraños de otros planetas, inimaginables para un cerebro normal.

—Son de Van Huys, un pintor nórdico desterrado.

Lobares contuvo la pregunta que había estado a punto de surgir de sus labios. ¿Por qué estaba desterrado el nórdico? Los Estados Mediterráneos tenían estrechas relaciones con los que formaban la Unión Atlántica. Casi se podía decir que existía una policía única. Sí alguien quería escapar de cualquiera de los dos países se dirigiría sin duda hacia la Unión Soviética Asiática y no a Tánger. Seguramente Van Huys sería un tipo chiflado que se había inventado la historia del destierro.

Contrariamente a lo que había imaginado, el comedor no se parecía en nada a lo que había visto en la casa. Era ultramoderno y por todo mueble había una alfombra de goma espumosa imitando césped y en su centro una mesa bajita y redonda de plástico, vacía en aquel momento. Las paredes eran blancas y en cada uno de sus cuatro lados había una gran pantalla televisora, con el fin de que ninguno de los presentes tuviera que molestarse en volver el rostro.

Sentados en el suelo había tres hombres. Un tipo huesudo de cabellos alborotados, rubio, con barbilla puntiaguda, ojos de ave de rapiña y mirada huidiza.

—El señor Van Huys, del que antes ya le he hablado.

Los otros dos parecieron sorprenderse por la presencia de Lobares. Pero antes de que abrieran la boca. Birossy los presentó:

—Urbel Janos, director de la Fundición Aceros Azules. Merill Voguez, inspector de centrales termonucleares del Ministerio Unido de Producción Industrial.

Lobares se inclinó vagamente, saludo al que correspondieron los otros con el mismo frío tono de cortesía. Con Ana Sheylord, sin embargo, extremaron sus amabilidades, pues ya eran conocidos de antemano.

Se sentaron los seis a la usanza árabe alrededor de la mesa. Comenzaron a aparecer criados rigurosamente vestidos de etiqueta, que iban dejando o retirando platos y fuentes, en silencio, haciéndose imperceptibles.

Birossy parecía satisfecho de haber añadido uno más a la lista de invitados. Se mostraba locuaz.

—¿Dice usted que nunca ha oído hablar del profesor Lobares? — preguntó a Van Huys, que había hecho un comentario despectivo acerca de los científicos peninsulares.

—No acostumbro a leer las revistas especializadas. Ya sabe usted que sólo vivo para el nuevo arte, para el arte del futuro más bien dicho, el que predominará cuando...

—En efecto —le atajó el anfitrión—. Pero ello no es óbice para que de vez en cuando aterrizara a la superficie del planeta.

Van Huys se encogió de hombros. Allá arriba en las regiones de su desorbitado cerebro se sentía a gusto y no quería cambiarse por aquel afortunado mortal que era Birossy.

—El profesor Lobares — continuó Birossy — ha hecho interesantes estudios sobre la nueva ciencia de la supra-veloeidad. Soy profano en esas materias, pero quizás el amable científico español nos haga algunas aclaraciones.

Lobares vaciló unos momentos. Antes de partir le habían recomendado las autoridades estatales de su país natal que no dijera nada a nadie acerca de lo que se proponía revelar en el Congreso. Pero lo que le pedía Birossy no eran más que generalidades que por otra parte ya habían publicado los periódicos.

—El descubrimiento de la supra-velocidad vino de la sencilla interpretación de las teorías de Einstein acerca de la relatividad. Desechando los astronómicos cálculos que durante más de sesenta años estuvieron haciendo los matemáticos, físicos y químicos, partiendo de ella, a, haciendo tabla rasa de cuantas elucubraciones se habían hecho para llevarlas a la práctica, se inició el camino de nuevo, llegándose a un sorprendente resultado.

—El de que la velocidad, tal como se entendía hace un par de años, resultaba un concepto adecuado solamente para los estrechos límites de nuestro planeta —terció Merrill Voguez, interesado en la conversación, mientras ingería rebanadas de piña enana, una tras otra.

—Exactamente. Yo me dedicaba a otras ramas de la física y al conocer dicho descubrimiento quedé fascinado por las posibilidades que para la navegación interplanetaria se abrían ante nosotros.

—Gracias a su descubrimiento, la navegación podrá ser un hecho.

—¿No lo es ahora? — preguntó Van Huys—. No hace mucho las emisoras del mundo entero dieron la sensacional noticia de que los

rusos habían conseguido lanzar al espacio satélites artificiales.

Birossy hizo una mueca de muy difícil interpretación.

—Quizá los asiáticos hayan conseguido interpretar también la nueva teoría de la supra-velocidad. Lo cierto es que se han adelantado a mediterráneos y atlánticos. Pero esa lucha por la supremacía del espacio fuera de nuestro campo de atracción, no es nada con los terribles problemas a que se ven sometidos los hombres que tripulan los aparatos construidos especialmente para la supra-velocidad. La doctora tendrá algo qüe decir sobre eso.

—Me han llevado seres que no habían podido sufrir el impacto de la barrera «astronómica», es decir, que a pesar de las defensas técnicas, el organismo había reaccionado con la supra-velocidad. Es algo horroroso, materialmente incurable. Algunos sobreviven por puro milagro.

Lobares no pudo contener un gestó de extrañeza. Los mediterráneos no habían intentado hasta el momento lanzar ningún satélite. Los aviones más rápidos no habían rozado siquiera los lindes de la desgravitación. ¿Cómo había podido ella estudiar sobre seres humanos las consecuencias del choque? ¿Acaso la Unión Soviética estaba llevando a cabo lanzamientos secretos? Lobares se contuvo de expresar las preguntas que bullían en su mente.

—No quisiera estar en los laboratorios de la doctora— comentó jocosamente Birossy—. Ante el espectáculo de unos cuantos pilotos astronáuticos averiados, no se explica uno cómo luego es capaz ella de esbozar una de sus deliciosas sonrisas,

—No he tenido el gusto de verla sonreír — dijo Lobares—, por lo menos aquí. En el hotel parecía más alegre.

Ella no se dio por aludida. Seguía con su aire hierático de mujer a quien le intrigara la presencia de un extraño en su corte de admiradores.

Intervino Urbel Janos, que había estado callado hasta entonces.

—He sabido que va a celebrarse en Tánger el Congreso Científico de nuestros Estados Mediterráneos. ¿Qué revelaciones va a hacer, profesor Lobares?

En aquel momento entraban los camareros portando tacitas de humeante «moka» de fuerte y casi embriagador aroma.

Ante la pregunta de Janos, todas las miradas convergieron sobre

Lobares. El español vaciló otra vez, sin responder. Miraba la tacita minúscula qué habían puesto ante él, la cogió entre los dedos y se la llevó lentamente a la boca.

—La pregunta del señor Jano revela que no está al corriente de las normas que rigen esta clase de congresos, aprobadas por la unanimidad de nuestros Estados federados. La ciencia es secreto, el secreto es nuestra supervivencia como naciones libres, reza el preámbulo de una de ellas...

Sorbió el café lentamente y prosiguió:

—No todo lo que se publica es la verdad, ni las televisoras transmiten lo más interesante de nuestros trabajos. Pero ello no significa que nuestras reuniones tengan un sentido militar o político. Somos libres de ir y venir, porque la seguridad interior así lo permite. Si hay algo que pueda servir para nuestra federación, es inmediatamente puesto a disposición de las fuerzas armadas...

Notó un sabor amargo en la boca. De repente se le ocurrió que en el café podía haber un narcótico, alguna de las peligrosas drogas que anulan la voluntad, que desatan la lengua, que convierten a un hombre en pelele. Fue un pensamiento fugaz porque continuó hablando.

—Esta reunión, tendrá un interés extraordinario, señores. Precisamente se va a tratar de la supra- velocidad aplicada a algo de lo que pronto tendremos informes precisos.

Lobares vio cómo todos, incluso Van Huys, escuchaban ávidamente. Sentía una sensación inexplicablemente feliz. Gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente. Se llevó la mano al bolsillo y con el pañuelo se enjugó la cara, incluso los labios. Hacía un esfuerzo sobrehumano para callarse, pero no podía evitarlo. Recordaba aquella borrachera colosal cuando se escapó a Pamplona en San Fermín. Pero ahora hubiera jurado que había bebido poco. El café...

Incluso Ana Sheylord sonreía escuchándole.

—Algo muy interesante. Imagínense que...

CAPÍTULO III

A media distancia entre Tánger y Tetuán se había levantado un gigantesco edificio construido enteramente de material plástico. La variedad de colores destacaba desde muchos kilómetros, incluso el brillo era perceptible por la noche desde las montañas más lejanas.

Aquella mañana convergían numerosos helicópteros y automóviles en la amplia explanada frente a la majestuosa puerta de entrada, semejando media rueda dentada.

Soldados de uniforme gris vigilaban a, distancia, discretamente, alejando a los curiosos. Se celebraba el CXXV Congreso Científico de los Estados Mediterráneos.

Un amplio hemiciclo albergaba a los cinco centenares de científicos llegados de todos los países ribereños y de la vasta zona de influencia de la gran potencia mediterránea.

Se velan allí los campechanos nativos de las regiones francesa, española, italiana. Hombres de rostro afilado denotaban su origen árabe y entre ellos cabía distinguir perfectamente a los que procedían del Medio Oriente de los que residían allí cerca en los territorios que fueran hasta hacía poco Imperio del Magreb.

Los Estados Mediterráneos habían nacido de la fusión del mundo árabe con el latino. Mientras habían permanecido separados había reinado la anárquica algarabía de lo sempiternamente improvisado. Gracias a la incansable perseverancia española lo que parecía utopía se había convertido en realidad.

Pertenecían a la federación todos los países ribereños del antiquísimo mar de la civilización en su costa norte. Habíanse unido

Bélgica, Suiza, Austria, Albania y Bulgaria. Estas dos últimas formaban parte de los Estados Mediterráneos hacía pocos años; una hábil y violenta revolución interna había conseguido derribar al Gobierno comunista y la amenaza claramente manifiesta de un ataque de los mediterráneos había hecho desistir de sus planes de reconquista a los soviéticos, que por otra parte deseaban ganar a su causa a la federación y preferían perder las dos bazas con tal de ganarse más adelante un buen bocado.

En el Sur se habían constituido anteriormente dos poderosos conglomerados: Nordáfrica o Magreb, cuyo núcleo era el imperio cherifiano y el Imperio del Islam Autónomo, que unía todos los países desde Argelia a la Península Arábiga. Los dos grupos se unieron a los Estados Mediterráneos, arrastrando con su ejemplo a Turquía y Persia.

La gran unión latino-árabe, cuya capital se había establecido en la isla de Creta, abarcaba, pues, desde Amberes hasta los confines de Sudáfrica, desde las islas Canarias hasta las fronteras del Asia Neutral. Cada uno de los países conservaba su idioma, su gobierno autónomo, su administración económica, pero los ejércitos y la defensa del orden se habían unificado.

De esta manera habían hecho sentir su peso, su concepto de la defensa de los valores eternos de la civilización y formado una gran fuerza temida por los asiáticos y respetada por los atlánticos.

Estos últimos eran la potencia más poderosa del planeta. La Unión Atlántica abarcaba todo el continente americano y el norte de Europa, desde Inglaterra al Elba y Carelia, dirigida su defensa rígidamente por Washington.

El planeta quedaba, pues, formado en varios grandes bloques. Además de los dos anticomunistas, estaba la Unión del Asia Soviética, el Asia Neutral, la Commonwhealt. La precaria paz que comenzara en 1945 seguía oficialmente en vigor. Pequeñas guerras habían tenido lugar en lugares diversos de la tierra, como en el Afghanistán, en Thailandia, en el Ártico, pero la llamarada de la conflagración nuclear no había prendido.

La Gran Lucha por el Poder, como la llamaban los políticos internacionales, había derivado en 1970 hacia otros campos.

El principal de ellos era el científico aplicado a la futura navegación interplanetaria. En breve transcurso de tiempo, las televisiones habían revelado al mundo importantes avances realizados por mediterráneos, atlánticos y soviéticos. Estos últimos parecían

llevar la delantera.

El gran consejo director de los Estados Mediterráneos había ordenado adelantar la fecha en que debía convocarse el CXXV Congreso de sus científicos y había ordenado una vigilancia especial a cargo de las fuerzas armadas.

La sesión inaugural estaba presidida por el doctor Abdul Kehla, un turco de relevante prestigio. Él fue quien tomó la palabra para anunciar, tras las frases de saludo de rigor:

—Solamente hemos de lamentar la ausencia de unos cuantos de los científicos que habíamos convocado. No estoy autorizado para revelar las causas por las cuales no están aquí, pero sí puedo decir que puede ser desechada toda suposición, de secuestro por parte de agentes enemigos.

Los representantes se miraron unos a otros para saber quienes eran los que faltaban. El doctor Abdul Kehla cortó los rumores:

—Voy a dar cuenta del motivo de la presente reunión. Se trata de enviar un estudio detallado desde nuestro punto de vista al Gran Consejo de las Fuerzas Armadas, acerca de lo que constituye el principal comentario de nuestros días.

El doctor turco se quitó las gafas y las colocó pausadamente sobre la mesa. Todos sabían a qué se refería, pero el rostro de les científicos revelaba la ansiedad con que esperaban las palabras de su presidente.

—Se trata — repitió — de un estudio acerca de los satélites artificiales soviéticos.

Esta vez los rumores cobraron carácter de vasta algarabía. Por unos minutos el frenesí de preguntas pareció convertir el moderno edificio en un manicomio. ¿Qué se sabía? ¿Se jactaban los rusos de hazañas inverosímiles? ¿Qué decían los informes captados?

—Haré una recapitulación de lo que todos sabemos, con la simple información facilitada por prensa y televisoras.

»Hace cinco años, Moscú anunció haber lanzado al espacio un satélite del tamaño de una mina submarina. No se dio más información ni nuestros potentes telescopios consiguieron hallar rastro, por lo que cabe suponer que o fue una mentira, o no llegó a alcanzar las capas de altitud adecuadas.

»Un año más tarde se repitió el anuncio. Los telescopios convergieron sobre la clara huella dejada por una masa metálica. Era

claro que los rusos se habían adelantado a los preparativos que se hacían en Norteamérica. ¿Pero conseguiría mantenerse el satélite artificial? Se mantuvo durante cerca de dos semanas.

«Por unos inexplicables fallos, los atlánticos iban demorando el lanzamiento. Finalmente, hace tres años, se hizo la prueba. Fracaso absoluto. ¿Sabotaje? ¿Desidia? ¿Falta de experiencia? ¿Desánimo porque habían sido aventajados por los enemigos de nuestra civilización?

»Lo cierto es que no se han hecho más pruebas. Mientras tanto los soviéticos han ido lanzando varios satélites más, llegando a tener hasta cinco en el espacio.

»Ninguno de ellos estaba oficialmente ocupado por seres humanos. Pero existen evidentes sospechas, casi pruebas, de que algunas de las masas metálicas más voluminosas detectadas estaban ocupadas por gente que radiaba informes en clave.»

Kehla volvió a cabalgar los lentes sobre su nariz y se sentó, al tiempo que terminaba el pequeño resumen:

—Los científicos jefes de delegación nacional emitirán su informe por orden alfabético, ateniéndose a lo que he dicho; En primer lugar, pues, el profesor Jurus, de Albania.

Un hombre de rostro moreno se incorporó, apartando de un manotazo los papeles que había estado leyendo hasta entonces.

—No puedo aportar ningún informe. Aprovecho la ocasión para insistir en que nos sea facilitado material para instalar un Observatorio. El tiempo transcurrido desde la revolución liberadora creo que permite decidir de una vez si podremos o no instalarlo.

—Pasará al organismo ejecutivo competente su queja, profesor Jurus. Quizás si no se han atendido sus peticiones ha sido porque la proximidad con las fronteras soviéticas implicaba el riesgo de que los rojos se apoderaran de las instalaciones que pudiéramos hacer nosotros.

—No les sería posible. Los destacamentos del ejército Unido vigilan estrechamente todos los Balcanes.

—Permítame contradecirle. Las quintas columnas rojas siempre están al acecho. Ni las zonas más apartadas de sus fronteras están libres de peligro. Llevamos sesenta años comprobándolo.

Uno de los científicos que estaba sentado cerca de Jurus alzó la

mano pidiendo permiso para hacer una pregunta al presidente.

—Puede hablar el director Franier, de la delegación gala.

—Deseaba saber qué ha sido de los delegados que no están presentes. El tono de las palabras pronunciadas antes nos intranquiliza. La alusión al peligro nos hace creer que hayan sido secuestrados. Faltan hombres de ciencia eminentes. Por ejemplo, el doctor Desvrieux, el físico español Lobares, el coronel Rimoldi, la doctora…

Kehla le interrumpió bruscamente.

—Creo que el director Franier debía haber limitado su intervención a los asuntos del orden del día. Estamos tratando en este momento de los satélites artificiales soviéticos.

Franier se mordió los labios y Calló. Pero en el ambiente quedaba la pregunta.

¿Qué había sido de Desvrieux, de Rimoldi, de Lobares…?

CAPÍTULO IV

Se miró al espejo y sacó la lengua. La tenía espesa, corno el que ha pasado la noche anterior bebiendo fuerte, fumando sin tasa, gritando sin reparo. La cabeza le dolía terriblemente, pese a que estaba seguro de haber dormido a pierna suelta muchas horas.

Miró el reloj y Lobares se dio cuenta de que eran más de las doce. El sol estaba en su cénit calentando las encaladas paredes de Tánger.

—A las doce en punto comenzaba el Congreso. He de darme prisa.

Se acercó a la pared y buscó el pequeño círculo negro que indicaba el transmisor telefónico. Cuando alguien se situaba a menos de medio metro establecía comunicación con la Central automática.

—Un taxímetro, por favor.

No era necesario indicar a quién iba dirigida la petición y a dónde debía enviarse lo solicitado, Al cabo de pocos minutos un helicóptero aguardaría en la azotea del Hotel Peninsular.

No podía detenerse para afeitarse. Se limitó a enjuagarse la boca con una solución neutra y salir disparado para el ascensor.

En la azotea no había ningún taxiaéreo.

—Es raro — murmuró—. Quizá el transmisor no funcionaba.

Buscó de nuevo en la pared inmediata él círculo negro, pero en aquel momento percibió el suave runruneo de un helicóptero que se acercaba. Comprobó que llevaba todos los documentos para el Congreso, aseguró la cartera y se acercó al vehículo.

Estaba ocupado por otra persona ya.

—Perdonen, me he equivocado. Pensé que era el que había

llamado.

El pasajero se apeó.

—El profesor Lobares, si no me equivoco.

—Servidor de usted — contestó sorprendido. No imaginaba ser conocido hasta aquel extremo.

—Tenga la bondad de acompañarme.

La sospecha de que iba a ser secuestrado pasó rauda por su mente. Instintivamente se llevó la mano al bolsillo, donde tenía una magnífica «cien tiros», escarmentado por lo ocurrido en la Medina. Pero el otro adivinó su pensamiento e hizo un gesto tranquilizador.

—Perdone mi poco tacto. Debía haberme presentado. Comandante Raúl Texares, de las Fuerzas Armadas.

Entonces se dio cuenta Lobares de que lo que había tomado por un taxiaéreo ostentaba las insignias militares. Habían interferido su comunicación y por una razón ignorada habían mandado un helicóptero militar a recogerlo. Quizá eran normas establecidas para todos los científicos que habían llegado a Tánger.

—Estoy dispuesto, comandante. Podemos marchar cuanto antes a la sede del Congreso Científico.

Texares sonrió. Hizo una seña al piloto y el helicóptero se elevó a una tremenda altura en pocos segundos, a una velocidad que no estaba permitida a los taxiaéreos y demás vehículos particulares. Estaban a un nivel en el que sólo volaban las líneas de aviones pesados que se dirigían a ultramar.

—Una maravilla de aparato —dijo Lobares,

—El último modelo de la clase. Podríamos atravesar el Atlántico tranquilamente.

—Lo que quiere decir, comandante Texares que en dos minutos habré llegado a mi destino.

El comandante volvió a sonreír irónicamente e hizo un gesto señalando abajo.

Lobares se asomó y distinguió claramente una importante aglomeración urbana.

—Tetuán— dijo escuetamente Texares.

Lobares estuvo a punto de lanzar una maldición.

—¡Ya decía yo! Esto parece un secuestro.

—No diga tonterías, señor Lobares. ¿Cree acaso que los rojos se dedican a volar sobre nuestros territorios sin que nadie les moleste? En estos momentos tendríamos una nube de avispas clavándonos el aguijón. Esté tranquilo y pronto sabrá por qué no vamos adonde usted pensaba ir.

Lobares tenía en la mano el «cien tiros», aunque sin apuntar. El comandante, mientras contemplaba la tierra con indiferencia, prosiguió:

—Ni él piloto ni yo llevamos armas. Por tanto, si tuviéramos deseos de gastarle la pesada broma que se imagina, llevaríamos las de perder.

—Tiene razón, Texares. ¿Pero qué diablos se proponen con todo eso?

—Obedezco órdenes superiores. Ignoro los motivos de que no pueda usted asistir al Congreso, corno también ignoro su destino.

—¿Ignora mi destino y estamos volando? ¿Piensa quizá estar en el aire hasta que se acabe el carburante?

—No sea impaciente y pronto quedará satisfecha su curiosidad. El que se quedará sin saber en qué para todo esto seré yo.

—Así que no le han enviado con una misión concreta…

—Me han ordenado simplemente que cuando usted abandonara el Hotel le llevara a bordo de este helicóptero hasta… ¡mire! ¡A la derecha!

Una fantástica aeronave volaba directamente hacia ellos. Parecía un triángulo, ligeramente combado por la línea que se dirigía de la base de la figura hasta el vértice de vanguardia.

—Esto se parece al modelo secreto de los sub-helicópteros gigantes — murmuró Lobares.

—A fe que no acierto a adivinar qué fuerza impulsa a esa aeronave. Llega puntual a la cita.

Los sub-helicópteros eran una revolución en materia de volar. La fuerza impulsora no estaba encima del aparato ni a los lados como en

los modelos de 1970. Por una sencilla relación con el ímpetu de los cohetes, se había decidido experimentar un helicóptero que, eliminando los inconvenientes; que el peso presentaba en la mayoría de los tipos, tuviera la fuerza motriz debajo.

Pero la novedad más sorprendente no era esa, sino la de que los sub-helicópteros carecían por completo de aspas. El mismo motor lanzaba ígneos haces rodando vertiginosamente, trazando un meteórico dibujo semejante a los cables de acero, que suplían la fuerza impulsiva de las grandes y complicadas aspas que hubieran sido necesarias para elevar la inmensa mole.

—¿La cita? ¿Acaso nos hemos de trasladar a ese aparato?

—Yo no. Me ordenaron, como estaba a punto de decirlo, que lo trajera aquí.

—¿Para qué tantas complicaciones? Si sus jefes querían hablar conmigo, bastaba avisarme por teléfono y hubiera tenido mucho gusto en venir.

Texares se encogió de hombros, sin responder. El piloto anunció:

—El pasajero que se prepare a descender. Estamos paralelos. Dos minutos de tiempo —hizo una pausa y abrió el micrófono—. ¡Atención, sub-helicóptero «PA 354»! Favor de la consigna.

—¡Línea urbana Conde Tajo! Dos minutos—contestaron inmediatamente.

La extraña aeronave estaba casi rozando el helicóptero en que Lobares se disponía a transbordar. La pericia de los dos pilotos, al conseguir mantener fijos sus aparatos, sin vibración ni desvío, hizo desechar los temores de Lobares de verse involuntariamente arrojado al espacio.

El helicóptero que lo llevara desde Tánger disparó una pequeña escalerilla metálica que penetró por una especie de escotilla hasta el fondo de la gigantesca nave aérea. Por ella descendió ágilmente Arturo Lobares, tras de hacer un saludo con la mano al comandante.

Se encontró en un corredor forrado de goma esponjosa. Había un hombre con uniforme del ejército con insignias de oficial de enlace con las fuerzas armadas de la Unión Atlántica. Saludó a Lobares y le anunció:

—Tenga la bondad de pasar a la cámara de pasajeros. Pronto llegaremos a nuestro destino. Usted era el único que faltaba.

—Pero, por lo menos, tendrá la bondad de aclarar...

El oficial se había encaramado ya a la escotilla y procedía a cerrarla. Por unos segundos, Lobares distinguió el helicóptero de Texares, que se alejaba a toda velocidad.

Avanzó por el acolchado corredor. Como no distinguía el exterior no podía asegurar si el sub-helicóptero se estaba desplazando o seguía fijo. La vibración era nula y el ruido de los gigantescos reactores casi imperceptible.

En el fondo había una puerta que se abrió antes de que Lobares hubiera puesto la mano encima de ella. Dentro de la cámara de pasajeros había mucha gente.

Todos se volvieron cuando entró el físico español. Lobares paseó la mirada por la gran salita y abrió los ojos sorprendido.

Allí había una mujer que le miraba imperturbablemente,

Era Ana Sheylord.

CAPÍTULO V

Un militar que ostentaba el grado de coronel visible en sus hombreras se acercó sonriente a Lobares:

—Bienvenido, señor. Coronel Pierre Fontier, a su disposición.

Lobares, amoscado ya de tanta novedad, le miró de arriba abajo y con tono malhumorado le espetó:

—Muchas amabilidades, pero hasta el momento nadie se ha servido explicarme el porqué de este secuestro.

—¿Secuestro? Exagera, señor Lobares. Razones de seguridad nos han obligado a emplear estos métodos para trasladarlo a Burgi Assad.

—¿Burgi Assad? ¿Dónde cae eso? No será alguna nueva penitenciaría en la que se ha decidido confinarnos a unos cuantos científicos por razones especiales, supongo. Porque veo que entre los pasajeros hay algunos colegas, como la señorita Sheylord, mi compatriota Gil Olivares, el profesor Alcides. Gaspeira, de Lisboa...

—Tome asiento, por favor. Le explicaré en parte lo que ocurre. No se considere en modo alguno prisionero.

Hizo una seña y se acercó un soldado que llevaba una bandeja con licores y copas.

Aquello parecía una reunión mundana y nadie hubiera dicho que estaban volando1 sobre el inmenso desierto. La temperatura era suave y, salvo la escasa asistencia femenina, reducida a la presencia de la doctora Sheylord, uno se hubiera imaginado hallarse en la recepción que las autoridades locales de Tánger habían preparado para los congresistas en el «hall» del Hotel Peninsular.

Lobares se sentó con gesto desganado e indicó al improvisado camarero que prefería un jerez helado. El coronel Fontier, diplomático como los de su raza, escogió lo mismo.

—Burgi Assad figura en los mapas, pero sería mucho exigir, aun a una lumbrera de la ciencia como usted, el que supiera dónde cae.

—Déjese de halagos cursis, coronel, y vaya al grano. Eso de lumbrera no me gusta nada.

—Como quiera, señor Lobares. Burgi Assad es, según el Anuario Geográfico Mediterráneo, una pequeña aldea situada al sur del Sahara. Existe una granja europea para cultivos experimentales. Será uno de los puertos básicos el día que se lleve a cabo la gran empresa de convertir el desierto en un mar que fertilice sus costas...

Alguien se había acercado. Era Ana Sheylord con la más acogedora de sus sonrisas. Los dos hombres se habían levantado corteses, automáticamente.

—Involuntariamente he oído algo de lo que están ustedes hablando. Es un tema que siempre ha sido de mi interés.

Parecía ignorar a Lobares, dirigiendo su sonrisa al coronel. Éste, galante, le cedió su sillón de cuero y arrastró para sí una vacía silla cercana. Prosiguió su explicación:

—Pero mientras llegue ese día, Burgi Assad es el centro experimental de una gran empresa que unirá a las fuerzas armadas de la Federación de los Estados Mediterráneos con los de la Unión Atlántica. No puedo indicarles qué clase de experimentos son los que se realizan, pero ustedes mismos tendrán ocasión de verlos dentro de poco. Más bien dicho, de representar un papel preponderante en ellos.

—Eso no aclara el motivo por el cual hemos sido sorprendidos. Supongo que usted, señorita Sheylord, también habrá sido secuestrada.

—Exactamente. Pero hemos salido ganando. Los Congresos no han sido jamás de mi agrado.

«Gran comediante», pensó Lobares. «Me gustaría saber si efectivamente se trae entre manos lo que sospecho».

—Como decía—prosiguió Fontier—, nos dirigimos hacia Burgi Assad, volando sobre el Sahara. Un lugar solitario, tranquilo, aunque no muy silencioso. Allí hemos podido trabajar tranquilamente, libres de curiosidades y fácilmente aislados de agentes enemigos. Estamos dando cima a nuestro trabajo. Sólo faltaban los hombres que habían sido traídos cerca de Burgi Assad, aprovechando la coincidencia con el Congreso Científico.

—Algo intrigante, pintoresco, emocionante — comentó Ana.

—Esta mañana he recibido la orden de reunirlos y traerlos. Tenemos un buen servicio de vigilancia en Tánger y no ha sido nada difícil, aunque he tenido que; perder un poco de tiempo recogiéndolos uno a uno y transbordándolos a esta unidad.

—Todo calculado al minuto.

—Ciertamente — dijo Fontier—. Sólo ha habido un ligero retraso por parte del señor Lobares.

—No ha sido precisamente culpa mía. Dormí pesadamente. Algo que habría comido quizá. O alguna bebida que me sentó mal.

Al decir esto, Lobares miraba fijamente a Ana. Ésta sostuvo la mirada, sin que un solo músculo facial se alterara en su bello rostro.

—Pero, en fin, ya estamos todos reunidos aquí.

No se podrá quejar de la compañía, señor Lobares. ¿Ve usted a aquel anciano tan bien conservado? Es el profesor Desvrieux.

—¡Cómo notaran su ausencia en el Congreso!

—¿No reconoce a ese atlético tipo que está manoteando como si explicara colosales hazañas? Fíjese bien en su rostro.

—Parece el coronel Aldo Rimoldi.

—El mismo. El más famoso experimentador de la aviación telerrápida. Un hombre simpático. No ha preguntado nada.

—Será porque se encuentra en su ambiente, por los aires. Una aventura más no le vendrá de nuevo. ¿Quién es ese que está solo, en un rincón, con aire de amargado?

—Ese es el que ha escandalizado más. Incluso quería echarse del helicóptero sin paracaídas. Es el experto en alimentación especial doctor Shari Bled, de Alejandría. También está entre nosotros mi compatriota René Cauze, ingeniero aeronáutico; Ismail Benumar, diseñador de motores nucleares, y otros muchos famosos nombres. En total seremos diecisiete los que nos hemos de presentar ante el general Roberts.

—Habla en plural; ¿también usted es uno de los «secuestrados»?

—Creo que tendré ese honor, Perdonen, creo que estamos llegando.

Fontier se había levantado y se dirigía hacia la cabina de mandos, dejando frente a frente a Lobares y a la doctora norteamericana.

—¿Qué opina, señorita Sheylord?

—No sé.... A propósito, puesto que parece que tendremos que estar una temporada trabajando juntos, déjese de ceremonias y llámeme simplemente Ana,

—Agradezco mucho esa deferencia, Espero que no nos ocurra nada desagradable en Burgi Assad. ¿No tiene ni la más leve intuición acerca de lo que se trama con nosotros?

—¿Intuición? Cree que las mujeres vamos a adivinarlo todo. La intuición femenina no es aplicable a estos casos.

—Pero usted es diferente, Ana. Parece estar más enterada de ciertas cosas de la ciencia que muelles de los sabios convocados al Congreso. Confieso que me sorprendió el hecho de que hubiese sido nombrada observadora de su país, pero más tarde, en casa de Birossy, cambié de opinión. Su astucia, su inteligencia mejor dicho, parece estar por encima del nivel común.

—Observo una cierta reticencia en sus palabras, Arturo. Quizá no se haya sacudido el malestar provocado... por esa dichosa bebida que, según usted, le sentó mal.

Apareció de nuevo el coronel Fontier. Todos cesaron sus conversaciones y se dirigieron hacia la parte alta del aparato. Éste se estaba posando ligeramente sobre lo que parecía el fondo de un inmenso embudo de cemento. Repentinamente los espectadores se vieron sumidos en la más completa oscuridad.

—Diablos! ¿Qué ocurre? ¿Accidente?

—¡Calma, señores!—tronó la voz del coronel Fontier—. Ya hemos llegado. El oscurecimiento es sólo una medida de seguridad.

El aparato parecía continuar avanzando. Lobares estaba seguro de que andaban por algún gigantesco corredor subterráneo, hundiéndose cada vez más en la profundidad de la tierra, buscando protección contra un ataque nuclear. Burgi Assad debía ser una base secreta de gran importancia para los planes aliados.

Tras unos minutos de incertidumbre, las luces se encendieron de nuevo. El coronel Fontier pulsó un mando y varias puertas se abrieron a la vez.

—¡Por aquí, caballeros! Por favor, no se entretengan.

La advertencia iba dirigida hacia los que se habían detenido contemplando el inmenso hangar, lleno de extrañas piezas, sobre las que se afanaban centenares de soldados sudorosos, manejando grúas, taladros, tableros de mando, en medio de una confusa algarabía de ruidos.

—¿Qué están construyendo? — preguntó Lobares, intrigado, a un oficial que contemplaba atónito al grupo de civiles saliendo del aparato.

—No sea curioso, señor Lobares. Dentro de poco sabrá de qué se trata—.intervino Fontier antes de que el oficial tuviera tiempo de musitar una respuesta.

El grupo penetró en un gran montacargas, que se elevó raudamente. Pese a que debían hallarse muy por debajo de la superficie, el aire que se respiraba era el ardiente que besa las arenas del desierto. Cuando el elevador llegó a su límite, pasaron a otro y finalmente a un tercero. Casi sin transición se hallaron en el exterior.

Todos quedaron defraudados. Esperaban hallar inmensas naves, grandes edificios, torres metálicas, gigantescas retortas del átomo. Todo lo que veían ahora sus ojos eran dunas, palmeras raquíticas y varios barracones de madera. ¿Dónde estaba el embudo de cemento? ¿Aquello era la base de tanto interés? ¿Para qué servía?

Un grupo de altos oficiales, llevando uniformes atlánticos algunos de ellos, parecía aguardar a los científicos a la puerta de un barracón, que parecía el más grande. Lobares reconocía en los rostros de los menos jóvenes figuras familiares en las pantallas televisoras y las grandes revistas mundiales.

Se trataba de militares que habían sobresalido en el campo de experimentación de nuevas armas, de nuevas aeronaves ultrarrápidas. ¿Qué hacían en Burgi Assad?

Fontier fue presentando pacientemente a cada uno de los miembros de los dos grupos. Era una situación un tanto extraña, porque los saludos eran fríos. Los científicos no podían olvidar que habían sido llevados allí contra su voluntad. Los militares, como era natural, desconfiaban de unos hombres que aún no conocían a fondo y entre los cuales el temido enemigo podía infiltrar un traidor.

—Bien, señores, pasemos dentro. Aquí en el Sahara hace un poquito de calor y siempre estaremos mejor aspirando el aire

acondicionado.

En el interior del barracón reinaba la más tremenda confusión en cuanto a mobiliario y orden. Parecía una sala de mapas recién abandonada por un estado mayor al que se le echa el enemigo encima. Parecía que llevaban muchos días y muchas noches de trabajo seguido sobre las maquetas, diseños y datos que se amontonaban sobre las mesas.

Se fueron sentando todos donde buenamente pudieron. Fontier alargó un pliego de papel al veterano general Roberts, de las Fuerzas Aéreas Atlánticas, sector norteamericano, Este se colocó unas gafas, leyó rápidamente y luego paseó la mirada sobre los científicos, deteniéndose especialmente sobre la doctora Sheylord.

—Ustedes se habrán estado preguntando—dijo Roberts — por qué razón se les ha impedido asistir al Congreso para el que habían sido convocados. Ahora que estamos aislados del resto del mundo, justo es que sepan cuál es el motivo.

—Perdone, general — interrumpió Lobares —. Presumo que se trata de algún secreto militar. ¿No sería más conveniente ocultarlo, con el fin de cuando regresemos a nuestros países, no se filtre información?

—Cuando ustedes regresen, el secreto será conocido por todo el mundo.

—Eso parece significar que no se prevé que regresemos inmediatamente a Tánger.

—Evidentemente, señores. Espero de su caballerosidad que no tomarán a mal que hayamos decidido contar con ustedes sin previo aviso, contra su voluntad, y servirán a la causa de los pueblos libres sin poner objeciones que perjudicarían el logro de nuestros fines.

—Por mi parte acepto de antemano, general Roberts, cuanto usted disponga. Es sobradamente conocido su patriotismo, su fidelidad a la causa aliada, para que crea que pretende perjudicarme.

—Le felicito, Lobares. Contaba principalmente con su adhesión.

—Cuente también de antemano con la mía — dijo Ana Sheylord.

El profesor Desvrieux, Gaspeira Olivares se sumaron a lo dicho por Lobares. Los demás, tras unos segundos de vacilación, hicieron lo mismo.

—Celebro no hallar ninguna dificultad por esa parte — prosiguió Roberts —. Bienvenidos, pues, como huéspedes temporales de Burgi Assad. Si sus amigos y parientes supieran que están aquí sentirían lástima porque, como ustedes creían hasta hace muy pocas horas, esto era un remoto rincón del desierto.

»Lo poco que habrán visto habrá confirmado tal impresión: arena, raquíticas palmeras, calor asfixiante, barracones… Pero tras esto se oculta algo que revolucionará el curso de la historia. Estamos realizando las más grandes tentativas para superar el equilibrio de fuerzas entre los dos bloques antagónicos.

»Conocen ustedes sobradamente que los rusos han lanzado al espacio pequeños satélites, cinco en total. También saben que hace tres años fracasamos en el lanzamiento de un satélite.

»Pero no saben el motivo por el que dicho satélite atlántico no llegó a elevarse. Cometimos la imprudencia de decir que íbamos a elevarnos más arriba que los rojos, que pronto el mundo tendría una sorpresa.

»Los espías se jugaron el todo por el todo y lograron captar a algunos de los más influyentes ingenieros civiles. Hubo sabotaje y, tras el fracaso, el plan se abandonó por no resultar económicamente posible.

»Casi ha sido preferible que fuera así. Nuestro satélite no hubiera dejado de ser, a la luz de informes recogidos posteriormente, un satélite como el de los soviéticos, condenado a caer destrozado o disgregado sobre la tierra, con gran riesgo de sus ocupantes, si no se despedían a tiempo.

—No resultaba agradable toparse con uno de esos lanzados —interrumpió Aldo Rimoldi—. Una vez, volando cerca de las fronteras asiáticas, casi ensarté a un pobre tipo. Estoy seguro de que por lo menos le dio jaqueca.

El general Roberts sonrió, colocó sus gafas sobre una repisa de la ventana más próxima, y prosiguió:

—Nosotros debíamos intentar de nuevo la prueba. Para salvar la dificultad económica, propusimos a los mediterráneos una alianza a este respecto.

»Para evitar sabotajes, la preparación de la empresa fue encomendada exclusivamente a las fuerzas armadas de las dos potencias.

»El secreto se ha conseguido instalando la base en Burgi Assad. Ya habrán visto cómo las precauciones rebasan los límites que pueden prever nuestros contrarios.

Todos escuchaban atentamente, nerviosamente, Lobares se había sentado en la ventana, casi sobre las gafas del general. Ana Sheylord parecía abstraída escuchando y mirando al mismo tiempo las innúmeras maquetas, los planos colgados en las paredes. Cuando Roberts callaba se hubiera oído el aletear de una mosca al otro lado de la pared:

—¿Cuál es nuestro plan?

»Sencillamente; lanzar al espacio un satélite artificial superior a los que hay ahora. Un satélite permanente desde el que la tierra se vea claramente merced a los mejores aparatos micro-telescópicos que poseemos.

»La permanencia es vital para el éxito de nuestra empresa. Pero aún hay más. Con el lanzamiento de este nuevo satélite, al que bautizaremos «Flecha», tendremos la supremacía del espacio... porque anularemos a los otros cinco. Sólo nosotros podremos estar arriba, crear las bases para la futura navegación interplanetaria. Los soviéticos no podrán ya lanzar más satélites. ¿Imaginan ustedes la importancia de nuestro plan?

Todos se miraron unos a los otros. Efectivamente, aquello iba a revolucionar la historia. Indudablemente existía algún dispositivo, fruto de la técnica norteamericana, merced al cual la órbita del satélite «Flecha» tendría un efecto reactivo en los demás satélites. Los aliados occidentales tendrían la supremacía del espacio, la exclusiva de la navegación interplanetaria, por decirlo así.

¿Quién iba a vacilar ante la Gran Aventura? Nadie. Era una empresa ardua, pero el éxito consagraría los nombres de los que tomaran parte en ella. El equilibrio se rompería, favorablemente para los países representantes de la antigua civilización y ante el mundo, ante el Universo, se abría una nueva era.

CAPÍTULO VI

Si un poseedor de uno de los últimos modelos de la aviación atlántica o mediterránea hubiera logrado el cada vez más infranqueable deseo de cruzar el telón de acero que separaba dos mundos hostiles y hubiera volado libremente a través de las vastas regiones asiáticas, hubiera sido testigo de algo peculiar que tuvo lugar pocas semanas después de haber tenido lugar en la lejana Sudáfrica los hechos relatados.

Imaginando que volamos invisiblemente sobre los peligrosos espacios aéreos de la mastodóntica Unión Soviético-asiática veremos que todo el territorio está cubierto de una espesa red de aparatos de radar, no por anticuados menos eficientes. A intervalos regulares se elevan minúsculos aparatos reactores que, pasando a las capas estratosféricas, no dejan rincón de las nubes por explorar a la caza de cualquier aparato atlántico o mediterráneo que quisiera curiosear por el País Prohibido.

Sigamos adelante. Hemos dejado atrás el glacis europeo de los soviéticos y hemos cruzado la erizada barrera de los Urales. Siberia queda a nuestra izquierda y poco a poco el terreno es más desolado. Grandes ciudades han crecido sobre lo que antes eran misérrimos koljos, mientras que montones de ruinas se alzan sobre minas de mineral agotadas. En las ciudades, que más bien semejan hormigueros, una nube de aparatos defensivos se entrelaza para protegerlas.

Estamos en Asia, el continente en su mayoría bajo el signo rojo. Afortunadamente el sur forma el anillo protector llamado Asia Neutral, cuya capital es Delhi, la gigantesca urbe de quince millones de habitantes. Pero aún estamos lejos de sus fronteras.

Nuestro invisible aparato está sobrevolando el río Irtish, afluente del Obi. Sigue su curso aguas arriba en busca de los primeros contrafuertes de los Montes Altai, cerca de la confluencia de las antiguas fronteras de Rusia, China y Mongolia.

Hay un lago, apenas visible en los mapas, pero que ante nuestros ojos aparece grande e irregular. Es el lago Kruskoi. En sus riberas hay una serie de fábricas, una gran pista de cemento, inclinada como un trampolín de esquí y numerosas torres de hierro que se alzan quizá superando las inhóspitas montañas vecinas.

Casi estamos en el centro geográfico del gran continente. Lejos,

lejísimos de cualquier observador que quisiera averiguar lo que traman los dirigentes del Kremlin.

Aquel núcleo de población no tiene nombre. Los mapas rusos no lo registran. Los geógrafos occidentales sólo tienen vagas sospechas de que exista, como en los tiempos anteriores al descubrimiento de América se creía en remotas islas atlánticas.

Pero para los que están condenados a vivir allí tiene un signo de identificación: Satelgrad.

Desde allí parten para las remotas alturas del espacio los satélites artificiales con los que la Unión Soviético-asiática cree haber ganado la partida a mediterráneos y occidentales.

Quien entra en Satelgrad, no sale jamás. Quien sube en los satélites sólo tiene unas posibilidades de supervivencia de un veinticinco por ciento. Si regresa a Asia, será enviado a Satelgrad de nuevo, como un cobayo que ha de ser sometido a toda clase de estudios sobre la emocionante experiencia sufrida por su organismo.

Pero aún puede considerarse feliz el que consigue ser admitido entre los tripulantes de los satélites artificiales. Por que éstos tienen una posibilidad remota de caer en territorio libre, mientras que los que quedan en Satelgrad tendrán que permanecer hasta el fin de sus días bregando como esclavos en las factorías secretas en las que se construyen los gigantescos armatostes, en las plantas de turbinas nucleares, en el interminable rosario de fábricas de accesorios de control.

Los que dirigen la gigantesca base roja son hombres de los más escogidos por su fidelidad a la mística de dominio universal por la raza eslava. Saben que, aunque buena parte de la tierra está por conquistar, si consiguen el triunfo total en el espacio, sus enemigos se derrumbarán como si se defendieran desde castillos de arena.

Hay una especie de Kremlin en Satelgrad. Una gran fortaleza, cuyos fosos han sido sustituidos por haces fotoeléctricos y zonas radioactivas; sus murallas por ametralladoras automáticas y sus soldados por despiadados técnicos que mantienen el dispositivo siempre a punto.

En el interior de sus laberínticos recintos, como anillos concéntricos que se convierten en espirales desorientadoras, hay una serie de cubiles en los que se guardan de acechanzas vengativas los cerebros rectores de Satelgrad. Allí están los generales Morinsky, Sulev y Karoly. Está el ambicioso comandante piloto Noidoi, el profesor

Adrianov, el jefe de seguridad Orskanian, está Nadia Marusov, premio especial de la Escuela de Matemáticas de Moscú.

Han sido convocados a raíz de haberse recibido en las televisoras del «Kremlin» de Satelgrad un despacho urgente de la capital. Parece que hay noticias graves que comunicar.

El general Sulev está de muy mal humor. Mal humor que puede costar la vida a un centenar de desgraciados que aquel día no cumplan con su cuota de producción.

* * *

Nadia Marusov era una belleza del más puro estilo eslavo, sin ninguna mezcla de sangre asiática. Vestía con sencillez, pero había en sus gestos, en su manera de llevar las ropas fabricadas en serie, una elegancia que no pasaba desapercibida a sus colegas.

A todos llamaba la atención su altivez de mujer que se sabe ambicionada y que disfruta de una preponderante posición entre las clases técnicas del mastodóntico estado. En sus tiempos de la Escuela de Matemáticas eran muchos los estudiantes que, olvidando por unos momentos los absorbentes cálculos de roce troposférico o el álgebra de la relatividad pura, se habían declarado, subyugados por el inextricable misterio de sus negros ojos, y le habían propuesto matrimonio.

Pero ella tenía un cerebro frío, un corazón reducido a su mera función vital. Era fanática y ambiciosa. Las palabras de los hombres eran gotas de lluvia resbalando sobre una pulida superficie de mármol blanco.

Su prodigiosa facilidad para resolver los más complicados cálculos habían hecho de ella la primera de todos los cursos. Sabía manejar como nadie las complicadas máquinas de resoluciones electrónicas. Era un prodigioso cerebro para el que no existían dificultades y que sabía reducir un enrevesado planteamiento en una fórmula sencilla.

Pronto adquirió fama en los medios científicos. Su estrella brilló con lúcido resplandor en el firmamento rojo y se le encomendaron delicadas misiones.

Como su formación política nada dejaba de desear a los jerifaltes de Moscú, ya que su pétrea discreción la hacía inmune a todo intento de rebeldía individual, fue enviada a Satelgrad. Allí se halló a sus anchas. Era un trabajo que le iba a gustar, con grandes honores que

rebosarían su ambición en la hora del triunfo, con gentes a quienes mandar, con poderosas máquinas a su disposición.

Nadia Martisov escuchaba con interés las palabras del general Sulev.

—El Politburó nos conmina a terminar cuanto antes nuestro satélite gigante, el «SA-3». Se han recibido informes de que los mediterráneos preparan algo contra nosotros.

—Será un falso rumor, alguna jactancia latina para sondear nuestra reacción — dijo el coronel de la policía, Orskanian—. No debemos apurarnos por ello. Si intentan venir, serán bien recibidos. Eso, si consiguen cruzar nuestras inviolables fronteras.

Orskanian se creía invencible. Estaba empachado de teoría sobre la supremacía de las gentes rojas y no veía más allá de sus ojos, es decir, de aquellas «inviolables» fronteras que la auténtica Historia enseñaba que no eran más que líneas de rayas fáciles de borrar.

—Eso no es cosa que nos incumba a nosotros — prosiguió Sulev —La disciplina nos obliga a obedecer fielmente. ¿Cómo está su maravillosa máquina, profesor Adrianov?

El aludido se levantó lentamente. Era un hombre relativamente joven, pero que gustaba de aparentar mayor edad, y por ello lucía una barbita blanca como las hebras que cubrían su cabeza. Era el tipo de «sabio» habitual en todos los países y en todas las épocas. Pero no se olvidaba, a pesar de sus típicas distracciones técnicas, de que nada le valdría su saber si osaba despreciar olímpicamente las opiniones del partido y ejército.

—Dentro de pocos días podrá elevarse…

—¿Cuándo? Dígame día exacto; mejor dicho, la hora exacta — interrumpió impaciente el general Sulev —. En Satelgrad no podemos hablar en términos vagos.

—Gracias a la colaboración de Nadia Marusov —contestó el profesor, tras consultar precipitadamente unas notas que en silencio le había alargado la muchacha—, puedo precisar que el lanzamiento al espacio podrá efectuarse el próximo día dos de junio; es decir, pasado mañana, a una hora aproximada entre las nueve y las doce de la noche.

—¿Se compromete a ella? — En su voz latía un tono de amenaza. Sulev estaba de muy mal humor aquel día,

—Podría comprometerme a ello si desde el «kombinat» de Noso Kruskoi nos mandan el carbón hidrogenado que solicité hace unas horas.

—Antes de dos horas tendrá lo solicitado, profesor Adrianov.

—En tal caso, movilizando a todo el personal, que quedará libre al terminarse la nueva plataforma lanzadora, pasado mañana podré pulsar el botón de salida.

Noidoi creyó llegado el momento de intervenir. Sabía buscar el resquicio por el que colar su oportunismo y su ambición.

—Según las instrucciones del Politburó, debo asumir el mando de uno de los satélites. He decidido que sea el «S.A.-3».

Adrianov arrugó el ceño:

—Las instrucciones se referían a un satélite normal, como por ejemplo mis dos aparatos anteriores, el «Satélite Adrianov 1» y el «S.A.-2». El modelo número tres es especial. De su éxito o de su fracaso depende mi carrera y — vaciló un poco — mi existencia. Con el debido respeto a los merecimientos del comandante piloto Noidoi, debo entender que esta expedición, según las instrucciones generales, debe ser dirigida por el ingeniero que la ha planeado y puesto a punto de prueba.

—Olvida la disciplina, profesor. Las decisiones del Politburó no se discuten jamás. Creo que el general Sulev opinará lo mismo, igual que los demás aquí reunidos.

Sulev repiqueteaba la mesa con un lápiz, irritado por aquella situación que no había previsto. Tanto Adrianov como Noidoi tenían razón. Los burócratas que habían redactado las instrucciones en Moscú habían contradicho en el apartado 77 lo que indicaban en el 18. Pero el general era hombre expeditivo.

—Esto se arregla fácilmente. Irán los dos.

Nadia Marusov dijo:

—Esto es complicar las cosas. Dos jefes en el reducido espacio de un satélite artificial, por gigantesco que sea, es la catástrofe segura con el tiempo. No olvidemos la historia soviética, el tiempo de los comisarios que felizmente desaparecieron.

Sulev sonrió. Nadia tenía razón. Como era mujer. Sulev sonrió, lo que no habría hecho con otro que hubiera tenido doble razón que ella.

—Irán los dos. El ingeniero Adrianov cuidará de la salida, la elevación y de que el «S.A.-3» quede fijado en su ruta alrededor de la tierra. Una vez allí el mando pasará a manos del comandante Noidoi. Creo que ésta es la interpretación más justa a los apartados 13 y 77. Mas, si el aparato no está listo el día señalado, no me cabe duda alguna de que Adrianov…

—Comprendo, general — balbució el aludido—. Pondré todo mi esfuerzo en cumplir lo que he dicho. ¿Podría saber por qué estas prisas de última hora?

—Ya he dicho antes que los mediterráneos están tramando algo contra nosotros. Hemos recibido informes fragmentarios que señalan la existencia de una base de lanzamiento espacial en algún lugar del Sahara. Hablan de los primeros días de junio. Hemos de adelantarnos, si no queremos ser liquidados todos los dirigentes de Satelgrad.

Orskanian rió sarcásticamente.

—Sulev tiene razón. Esta vez lo jugamos todo a una carta: el «SA-3». Creo que a mí también me gustaría ir.

Adrianov lanzó una mirada de inquietud a su alrededor. ¿Qué pretendía aquel tipo cruel metiéndose en el satélite artificial? Bastantes quebraderos de cabeza tenían con los mandos, los cálculos y las contrarreacciones, él y Nadia Marusov, para que viniera a fisgar un coronel de la policía soviética.

* * *

Los haces de «luz muerta» iluminaban perfectamente cuando se hallaban a un nivel inferior, manteniendo en la más impenetrable oscuridad la parte exterior de la plataforma de lanzamiento. Todo aparecía impregnado de una fosforescencia amarillo-verdosa que no daba sombra, pero sí una nitidez asombrosa a los objetos metálicos.

Nadia Marusov seguía la larga hilera de mandos, haciéndolos funcionar en vacío, comprobando los registros con los que indicaban sus libretas de apuntes. El vasto aparato semejante a una cruz gamada, cuyas aristas exageradamente suavizadas simulaban dos reses travesadas, estaba ya a punto de partir.

Sulev iba saludando rígidamente a cada uno de los que subían a bordo. Como representante del ejército iba el general Karolvy. El profesor Adrianov hacía horas que estaba bregando en el interior con los ingenieros que debían dar los últimos toques. Noidoi fumaba aburridamente uno de sus cigarrillos, que a la «luz muerta» lanzaba

destellos azules en lugar de las pequeñas brasas habituales de color rojo.

Con Orskanian eran cinco de los siete cerebros de Satelgrad los que partían. Quince expertos técnicos más les acompañarían. En tierra sólo quedarían el general Sulev y su colega Morinsky, amén de la incontable masa de soldados y esclavos que formaban la vasta población de la potente base de exploración interplanetaria.

—Faltan quince minutos para que comience el día 3. Otros quince minutos más y tendremos aquí a la «brigada de transfusiones».

Se refería a la patrulla volante que desde Moscú se enviaba para investigar al menor fallo de lo que había ordenado el Politburó. Era como una bandada de veloces buitres que caía sobre la granja, el «kombinat» o la base militar que el índice del jerarca supremo había señalado.

Nadia Marusov llevaba puesto el casco de plástico, lista ya para el ultrarrápido viaje. Percibió que alguien la llamaba y abrió la llave del altavoz que tenía dentro del oído.

—¿Nadia? Por favor, indíqueme los datos del registro BS-43. La carga potencial reactora...

Ella se los proporcionó, casi sin mirar la aguja ni el cuadro correspondiente.

—Gracias, Nadia. Creo que dentro de 170 segundos podremos partir.

—Un tipo anticuado — pensó ella—. Creo que acabará mal. Demasiadas «gracias» «por favor»…

—Tiene razón,

Nadia se volvió. Había olvidado cerrar la pantalla y Orskanian había visto la expresión de su rostro, el gesto sarcástico.

—Estamos perdiendo el tiempo; Adrianov se está anquilosando.

Ella salió en su defensa, movida por un inexplicable deseo de hacer justicia al hombre con el que más había trabajado, el único que podía superarla en capacidad cerebral.

—Adrianov está un poco nervioso, porque este es el momento crucial de su carrera. Si consigue el éxito...

—Diga mejor, si conseguimos el éxito, nuestro potente país será el dueño, no del planeta, sino de todos los planetas. Plantaremos nuestro distintivo en todas las conquistas estelares. Seremos los AMOS del universo.

Un silbido penetrante cortó la conversación. Era la señal de Adrianov para que cada uno se introdujera en sus cabinas herméticas. Allí quedarían inmovilizados hasta que quedaran libres de la influencia gravitatoria de la tierra. Sólo tendrían libres los dedos de las manos para manejar los mandos en caso de emergencia, unos mandos situados, como era natural, a su alcance.

Sulev, desde fuera hizo un gesto y las babélicas torres de acero se apartaron, hundiéndose en las entrañas de la tierra. El «SA-3» quedaba libre de los armazones matrices, dispuesto a remontarse en un abrir y cerrar de ojos.

En el interior, Adrianov había recobrado parte de su serenidad. Ahora era una pieza más del gigantesco dispositivo. No debía fallar. La experiencia adquirida con los satélites que habían iniciado el dominio del uinverso, sobraba para garantizar el éxito del «SA.-3»,

—Faltan exactamente ocho minutos para la hora cero del día 3 —murmuró—. ¡Ahora!

Pulsó un botón. Fuera se dejó oír un horrísono estruendo. La superficie de cemento se resquebrajó alrededor de la plataforma. Dentro no se percibía ni la más mínima vibración. Estaban ya aislados de todo contacto con la base.

La enorme masa pareció vacilar a unos metros del suelo. Bruscamente su lugar fue ocupado por una .bola de fuego y humo verde. Entonces el «SA-3» estaba ya a 8.000 metros, a punto de rebasar la troposfera. Todo había salido bien por el momento.

Nadia Marusov no perdía de vista sus instrumentos. A la menor desviación que registrara alguno de ellos debía calcular rápidamente el modo de corregirla y dar aviso inmediato al profesor Adrianov.

—Noidoi, dentro de 29 segundos suelte el «lastre»

El profesor se refería al dispositivo que debían soltar una vez agotada la carga de energía impulsora, es decir, cuando rebasara la frontera de la gravedad. Eran cuatro cilindros de cinco metros de diámetro y veinte de longitud, cuyo peso era un mortal impedimento una vez dejaran de ser útiles. Se había estudiado en repetidas ocasiones el suprimirlos por completo desde el momento del despegue,

pero el grado de la técnica soviética no lo permitía. . ¡Si hubieran dispuesto de ingenieros mediterráneos o atlánticos!

—Lastre soltado — murmuró con desgana Noidoi.

Aunque pareciera absurdo, la velocidad había disminuido. El ímpetu de la salida movía al «SA-3» corno una masa inerte e iba acercándola hacia el lugar en que Adrianov Cedería el mando a Noidoi.

La tierra era Una masa borrosa que las nubes hacían indescifrable. El técnico televisor mantenía contacto con Satelgrad, dando cuenta de la normalidad del ascenso, Nadia comenzó a desprenderse de su cámara hermética, tras ajustar las plantillas de sus pies, lastradas con el fin de poder desplazarse por el interior del aparato.

Se acercó al lugar en que estaba Adrianov. Orskanian estaba a su lado, fisgando, como era su habitual y odiosa costumbre.

—¡Pantallas de situación!—ordeno el profesor.

Los operarios fueron graduándolas de manera que reflejaran el espacio en todas direcciones.

—Pronto llegaremos a nuestro destino, si así puede llamarse — dijo Nadia.

—La tremenda velocidad que llevamos, unida a la de la Tierra, hace difícil indicar el punto en que la fuerza impulsora será detenida y sustituida por gravitatoria.

El tiempo transcurrido permitía creer que pronto podrían ponerse al trabajo. Debían conectar con Satelgrad e ir transmitiendo las preciosas informaciones que se obtendrían por medio de los telescopios especiales.

—Sabremos perfectamente qué han instalado en el Sahara los mediterráneos.

—Eso es lo de menos. Lo principal es que tendremos ocasión de medir nuestras fuerzas con las del primer satélite que envíen nuestros potenciales enemigos. Gracias a los aparatos núcleo-magnéticos que circundan nuestro «SA-3» creo que podremos barrerlos.

Las predicciones de la expedición roja pecaban de excesivamente optimistas. Algo más terrible que el ataque mediterráneo o atlántico se cernía sobre ellos. Era inútil que las pantallas de situación barrieran

visualmente el espacio. El golpe extraño se abatiría sobre ellos.

Porque, mientras avanzaban hacia el punto X, alguien estaba acechándoles. Adrianov férreamente agarrado a las manivelas de mando, no perdía ni una sola oscilación de las equilibradas agujas control. Nadia no estaba menos absorta que el profesor, aguardando el momento de entrar en acción. «SA-3» sería el primer satélite fijo que se instalarla en la órbita de la Tierra, la primera de la cadena de bases desde las que se iniciaría la conquista del Universo.

De repente una de las agujas comenzó a moverse desacompasadamente, primero con lentitud, luego con más fuerza.

—¿Qué ocurre? — preguntó Noidoi, que creía que aún no era llegado el momento, fijado para una hora más tarde.

Adrianov no contestó. Nadia Marusov parecía inquieta y murmuró en respuesta:

—Un objeto extraño está desviándonos de nuestra trayectoria.

—Un satélite — intervino Orskanian.

—¡No lo sé! —masculló el profesor Adrianov—. Si lo supiera, ya lo habría corregido. Tiene que ser una masa diez veces superior a la nuestra y provisto de medios magnéticos potentes.

—¡Los mediterráneos! — En las palabras de Orskanian se percibía por vez primera un ligero temblor de voz.

—Mire las pantallas. No hay ningún satélite artificial a la vista.

—Es cierto. Pero aquí no caben las dudas. Solucione cuanto antes este enigma y regresemos a nuestra trayectoria. Si nos mete en mal camino, recuerde Adrianov, que estoy aquí para que las órdenes se cumplan. Y ya sabe cuáles son las órdenes.

Adrianov se mordió los labios. La aguja se movía desenfrenadamente y los otros controles no parecían menos locos.

—Será mejor que como primera providencia cada cual…

Iba a ordenar que todos regresaran a las cabinas herméticas. Pero no pudo terminar la frase. Sin que nadie pudiera evitarlo salieron todos despedidos violentamente contra las paredes del aparato, intentando agarrarse desesperadamente en el vacío.

El «SA-3» se agitaba desesperadamente como si una mano

gigantesca lo hubiera agarrado. Las pantallas comenzaron a reflejar unas imágenes borrosas como si las estrellas se hubieran vuelto locas y fueran desprendiéndose del Armamento.

Nadia Marusov sentía un hilillo de sangre corriéndole desde las sienes por la barbilla. Estaba pegada, presionada contra la metálica pared, una honda opresión en el pecho, ahogándola. Se daba cuenta de que estaba ocurriendo algo que los ponía a todos en el borde del más allá. Sintió un escalofrío correrle por la espina dorsal. No podía moverse, veía la piel de sus manos amarillentas como si se hubiera evaporado de su cuerpo hasta la última gota de, sangre, sangre que le corría, dulzona y tibia, por la cara.

Y todo quedó oscuro. Nadia gritó, pero su voz sonó hueca, angustiosamente débil, como si sus pulmones estuvieran vacíos.

Resbaló sobre la fría superficie de metal y quedó en el suelo, inerme, junto con los demás.

El satélite artificial rojo había perdido sus mandos. ¿Qué ocurría exterior mente?

CAPÍTULO VII

—¡«Flecha» al cénit!

Protegido por su voluminoso casco de plomo y plástico Roberts veía cómo el primer satélite del mundo libre se elevaba raudo hacia su destine.

Él mismo había pulsado el botón de lanzamiento. Quizá aquella leve presión de su dedo equivalía a una condena a muerte de aquellos hombres que no hubieran imaginado ni remotamente participar jamás en tamaña empresa.

La espantosa deflagración atómica, sabiamente dirigida, había impulsado el satélite «Flecha» a unas alturas que jamás habían sido alcanzadas por los otros dispositivos experimentales.

Ahora no quedaba más que pedir a la Providencia que la suerte acompañara a los osados aventureros del espacio que iban a bordo.

Aldo Rimoldi no perdía jamás el humor, ni aun cuando se hallara ante los mandos de una nave, de una velocidad infinitamente superior a la que estaba acostumbrado. Se había soltado rápidamente los pernos que sujetaban su escafandra, cinturón y botas a las paredes del aparato.

—Ahora sé la sensación que experimentan los difuntos al ser colocados en el nicho.

Por primera vez en su vida nadie rió la ocurrencia. Porque todos habían experimentado efectivamente esa impresión. Les había faltado aire para respirar, los tímpanos amenazaban estallar bajo la tremenda presión que, pese a las medidas tomadas, habían sufrido y la vista se les había nublado por espacio de varios segundos.

—Aunque hubiera querido, no hubiera podido moverme. Como si me hubieran emparedado — añadió Lobares, que estaba a su lado aspirando ávidamente las ráfagas de oxígeno que a ritmo intensivo

expulsaban las máquinas sintetizadoras de aire.

Los expedicionarios iban recuperándose rápidamente. El cambio brusco de presiones era un choque al que el organismo humano jamás se habituaría, pese a entrenamientos y medidas científicas de los aparatos inter-espaciales.

Incluso Aldo Rimoldi y el coronel Fontier, únicos de los que tripulaban el «Flecha» que habían volado en supra-velocidad anteriormente, se habían visto obligados a tomar las mismas medidas que los demás.

Pero lo peor parecía haber pasado ya. Podía cada cual ponerse a su trabajo, es decir, situarse ante el tablero respectivo, guiándose por los consejos del jefe del viaje, Rimoldi.

Ahora que avanzaban a velocidades que hubieran sido inimaginables solamente diez años antes, volvía a ellos el optimismo. Ana Sheylord se arreglaba con coquetería un rizo de su cabello que escapaba del casquete de fieltro que protegía su cráneo. El profesor Desvrieux tarareaba una canción parisina, mientras consultaba un volumen de cálculos altimétricos, cotejándolos con lo que marcaban las agujas de su tablero de mandos.

René Cauze y el coronel Fontier discutían animadamente en francés acerca de los medios de comunicarse directamente con determinadas beldades de Niza que hacía bastantes meses habían dejado de ver. El día que se anunciara al mundo el éxito del satélite «Flecha» todos sus tripulantes estaban autorizados a emitir cuantos mensajes particulares les viniera en gana. Pero en Niza no habría seguramente ninguna estación receptora capaz de recibir mensajes tan lejanos.

El doctor Shari Bled estaba ultimando sus cálculos para que las provisiones durasen exactamente hasta el día en que estaba acordado el lanzamiento de un segundo «Flecha» para relevar al actual; es decir, hasta el momento en que debían regresar.

—Si regresarnos — dijo Ismail Benumar, que era el único que no aparecía de buen humor—. Cualquier fallo de mis motores dará al traste con todo.

—¿Por qué han de fallar? — preguntó Ana Sheylord.

Benumar se encogió de hombros sin responder. De vez en cuando dirigía, miradas a la doctora, unas miradas inquietas, que para Lobares no pasaron desapercibidas.

—Pronto llegaremos al cénit — anunció Rimoldi.

—¿El cénit? — murmuró Desvrieux, que en aquel momento estaba distraído mirando una pantalla que reflejaba el sistema solar moviéndose lentamente hacia ellos.

—Si, profesor — aclaró la doctora Sheylord — Recuerde que el general Roberts designó con el nombre de cénit el punto en que hemos de detenernos.

—Si, recuerdo — dijo Desvrieux ruborizándose por su distracción —. Me chocó porque el cénit es un punto inalcanzable, inexistente más que para los navegantes de nuestros océanos.

—En parte, el nombre es correcto. El rumbo que llevamos es el del cénit porque es él más sencillo para nuestros instrumentos. Los telescopios militares nos hallarán ocupándolo. Es como si hubiéramos conquistado el polo Norte de la capa que envuelve al planeta.

—¡Atención! ¡Atención, «Flecha»! ¡Habla el general Roberts!

Todos callaron. ¿Por qué el general había establecido comunicación sin esperar la llegada a destino?

—Abrid las pantallas con Burgi Assad — ordenó Lobares.

Todos obedecieron. Pero éstas no reflejaron más que imágenes borrosas. Afortunadamente el transmisor de voz funcionaba a las mil maravillas.

Lobares sostenía el micrófono y contestó a Roberts.

—Escucharnos su aviso. No refleja su imagen. Seguimos escuchando. Habla Lobares.

—Acabamos de recibir un aviso urgente del Pentágono. Los servicios de seguridad informativa de la Unión Atlántica han captado una serie de mensajes emitidos por dos agentes norteamericanos escapados de una base soviético-asiática que dicen se llama Satelgrad.

Se percibía un ligero nerviosismo en la voz de Roberts. Todos escuchaban adivinando la importancia del mensaje que aquellos desconocidos héroes hacían llegar al mundo libre. El hecho de que a su vez el Pentágono lo transmitiera a Roberts y éste a los expedicionarios de la «Flecha», significaba que tenía relación con ellos.

—Satelgrad parece ser una pista de lanzamiento de satélites rojos.

Dicen que ayer fue lanzado al espacio una máquina gigante, superior a los anteriores satélites. Iba tripulada por un núcleo de escogidos dirigentes de Satelgrad, lo que demuestra la importancia de la expedición.

—¿No se sabe qué medios técnicos emplean?—Nuestros agentes no han podido averiguar demasiados detalles. Satelgrad está perfectamente guardado y es casi milagroso el que hubieran podido entrar hace tiempo y salir ahora. Escogieron este momento para escapar para advertirnos de un probable peligro.

—Quizá sea una trampa soviética para quién sabe qué fines.

—Uno de los agentes presenció la salida del satélite rojo. Vio incluso su signo grabado en la parte exterior de los aros de estabilización. Lo llaman «SA-3». Eso demuestra que no es el primero de esta clase y que el peligro existe.

—Y... ¿qué debemos hacer? — Lobares formuló la pregunta que estaba en la mente de todos.

Se hizo un largo silencio. Posiblemente Roberts consultaba con los supremos organismos de defensa de su país. Pero seguramente la decisión estaba tomada antes de que Roberts avisara a los de «Flecha», porque se oyó de nuevo la voz de Roberts con lentitud estudiada.

— ¡Destruirlo! Pero solamente en el caso de que muestren intenciones agresivas o simplemente ganas de estorbar. Ahora bien, según nuestros cálculos ese satélite se verá obligado a dejarse atraer por la gravedad terrestre nada más entre en el campo de las influencias de ustedes. Por tanto el campo quedará libre y nuestros enemigos derrotados por medios sencillos y pacíficos.

—De acuerdo, general.

—Lo que nos ha sorprendido, sin embargo, es que los rojos han hecho coincidir su viaje con el de ustedes. Parece que disponen de medios iguales a los nuestros y que habrá lucha, pues esas gentes no querrán que el mundo conozca su fracaso. El hecho de nuestra sorpresa radica en que no podemos adivinar el medio de que se han valido para saber que en Burgi Assad preparábamos un satélite.

Lobares sintió un sudor frío invadirle las sienes. Sentía tras sí la mirada de Ana Sheylord. Por suerte las pantallas no reflejarían su imagen al general Roberts y éste no se daría cuenta de que el rostro de ella estaba tan lívido como el suyo.

—Algún maldito espía... — murmuró. Luego, en voz más alta, de manera que pudiera ser oída por los demás—: El hablar demasiado resulta perjudicial.

—Exacto, señor Lobares. Cuiden que ninguna transmisión pueda ser oída por los de los otros satélites. Aunque, a decir verdad, tenemos confianza en todos ustedes.

Lobares aún tenía algo más que preguntar. Algo de extrema importancia.

—¿Dónde podremos hallar al «SA-3»?

—Hemos deducido, por la hora de salida y la situación geográfica de la base, que lo tendrán a la vista aproximadamente dentro de dos horas y cuarenta y un minutos. Sincronicen sus relojes y buena suerte. Que Dios les proteja.

El «Flecha» seguía ascendiendo por entre los grises celajes veteados de las capas superiores. Algunas veces las pantallas iban reflejando las imágenes borrosas de costas y océanos. La Tierra iba quedándose chiquita ante sus ojos, y pronto abarcarían todo el círculo iluminado por el sol.

Desde los observatorios militares seguían ansiosamente su marcha hacia el cénit, con grandes dificultades debido a la presencia de nubes. También existía el inconveniente de que a aquellas alturas el «Flecha» era como un pequeñísimo pedrusco en la vasta inmensidad de un desierto.

En Burgi Assad el coronel más oscuro y el general más ilustre sentían la misma ansiedad por la suerte del «Flecha». En la sala de operaciones todos estaban sentados ante una serie de pantallas que reflejaban diversos puntos del satélite, así como perspectivas de la Tierra contemplada desde éste.

Los soldados estaban regulando continuamente los complicados aparatos que mantenían un precario enlace con la expedición. Otros soldados tenían comunicación continua con los observatorios militares que no perdían de vista con sus telescopios al satélite.

—De ves en cuando es conveniente preguntarles algo, para animarles un poco — decía el general Roberts.

Entonces se colocaba ante la pantalla transmisora y unas veces hablaba con Fontier, otras con Lobares o Desvrieux.

Transcurrieron, lentas e inacabables, dos horas y media.

—Dentro de once minutos. ¿Ya están todos dispuestos ante los mandos magnéticos?

—Naturalmente, general — indicó la voz de Lobares.

—Lástima que esas pantallas no funcionen tan bien como los dispositivos acústicos. ¿No se podrían arreglar?

—No lo creo. Debe existir algún fenómeno que perjudique la televisión. Cuando nos detengamos, estudiaremos qué puede ser y el modo de corregirlo.

Las pantallas seguían transmitiendo imágenes borrosas, confusas. Manchas negras enturbiaban con frecuencia la imagen. Cansaba la vista fijarse en aquel caos óptico.

—¿No hay nada aún?

Roberts, impaciente, contemplaba su reloj. Los complicados cálculos de los geofísicos no podían fallar. Los informes de los agentes en Asia eran bastante precisos en ese aspecto.

—Nada aún, general. Es decir…

Reinó una pausa angustiosa. ¿Qué ocurría allá arriba?

—No está el satélite rojo.

—¿De veras?

—Ha desaparecido. Pero… aguarde un momento.

Otra pausa que crispaba los nervios.

—Kempler ha registrado vestigios de metal cerca de nosotros, en el éter. Los rojos han pasado hace poco tiempo por aquí.

—¿Habrán seguido el viaje indefinidamente? No los creo capaces de tal estupidez.

—No comprendo…

Lobares no terminó la frase. En Burgi Assad todos vieron asombrados cómo las pantallas se apagaban al unísono. Los altavoces transmitían frases fragmentarias.

—Ocurre algo espantoso, general… pantallas apagadas totalmente… a duras penas nos sostenemos en el interior… he mandado abrir la ventanilla de cuarzo… Kempler…

Mezclado con las palabras se percibía un chirrido inaguantable. Todos los oficiales manipulaban ansiosamente sus respectivos receptores procurando hallar lo imposible.

— ¡Por Dios, Lobares! ¿Han chocado con un asteroide?— gritó el general Roberts.

Débiles continuaron percibiéndose algunas palabras de Lobares.

—....de cuarzo... parece un gigantesco rayo amarillo... unos monstruos en la pantalla... unos seres... no nos sostenemos... estamos á merced de...

Luego el silencio.

«Flecha» había enmudecido. No contestaba a las angustiosas llamadas de Burgi Assad. En pocos minutos se había consumado la gran tragedia que echaba por el suelo el gigantesco plan de mediterráneos y atlánticos para la victoria en la primera batalla de la conquista del espacio.

CAPíTULO VIII

Lo primero que sintió Lobares fue una intolerable opresión en el pecho.

Se había despertado, pero le hacía el efecto de que alguien le había sujetado los párpados con esparadrapo, pues no podía abrir los ojos.

Su cabeza razonaba perfectamente. No le cabía duda de que estaba bien despierto. Instintivamente se llevó las manos a su pecho, al darse cuenta de aquella presión que le privaba de respirar bien.

Se dio cuenta, con asombro de que no había ninguna substancia sólida ni líquida que le oprimiera. Pero la opresión le impedía levantarse, aunque podía mover brazos y piernas libremente.

Llevóse entonces los dedos a sus ojos. No había esparadrapo ni venda alguna. Pero no podía abrirlos.

Además no oía nada.

—Como si estuviera en una urna de plomo, sometida a la presión de muchos kilómetros de océano encima— pensó.

Como ¡científico tuvo que desechar tan absurda idea. Porque la urna de plomo no sería tal, sino chapa, ante tal peso. Y él sería una simple silueta de papel recortado.

Intentó de nuevo incorporarse. Era inútil.

Otra aterradora idea pasó por su mente. ¿No estaría flotando en el espacio, en medio de una burbuja de oxígeno escapado del satélite artificial, condenado a permanecer eternamente, como un asteroide errante?

—El «Flecha» habrá estallado y yo «afortunadamente» he salido ileso.

Casi hubiera valido más disgregarse en el vacío como los demás. ¿Qué había sido de los otros?

Aquello era peor que la muerte. ¿Mas acaso estaba vivo? Muy dificultosamente, pero respiraba. Su cerebro razonaba: «Cogito, ergo sum», era la frase adecuada, si era ésa o ya la había olvidado después de tanto tiempo de sus clases de latín.

—Pienso, luego existo. A menos que esté en línea recta hacia las celestiales puertas de San Pedro. Pero, en tal caso, no me preocuparía por mis compañeros ni sentiría ese físico malestar en el pecho.

Pasaba el tiempo angustiosa, lentamente. Inmóvil como un muerto. El misterio de su estado barrenándole el cerebro, torturándole. La muerte era el inmediato paso. Pero no tenía ni sed ni hambre. Sólo aquella opresión. Respiraba mal.

¿Había transcurrido... un mes, un día, un año, una hora...? ¿Qué era el tiempo, fuera de las leyes de la gravedad?

Tenía el brazo anquilosado por la inmovilidad. Le dolía terriblemente al moverlo hacia su rostro. ¡EL TIEMPO!

Le temblaba la mano hundida en la espesa pelambre de su barba. Le había ¡crecido, frondosa. ¿Cuánto TIEMPO había transcurrido? No había comido y no tenía hambre. No había bebido y no tenía sed, ¡Qué furia interior por estar ciego! No podía ver, no podía verse.

Los cabellos largos corno los de una antigua mujer, la barba ensortijada, las uñas largas... El Tiempo Inaprensible... El Asteroide Errante llamado Arturo Lobares en la Tierra.

Hubiera llorado de rabia, Pero no tenía fuerzas.

La presión eterna. Hacía unos minutos se había despertado. No, hacía mucho tiempo. El cerebro no estaba bien. Le hacía demasiadas jugarretas.

Todo sería una broma de aquella mujer, Ana Sheylord. Le habría dado una infernal droga asiática y ahora estaría en un satélite rojo, prisionero, hablando. Había un hombre qué tenía los mismos rasgos fisonómicos de Birossy, sonriente. Escuchaba... espiaba...

—Me volveré loco a este paso. Voy a comenzar por el principio. Sensatamente. «S. A. - 3» no estaba en su sitio. Pero había OTRA COSA. Un rayo amarillo. En Burgi Assad apenas debieron comprender nada. Kempler abrió la ventanilla de cuarzo y al mismo tiempo se abrieron las pantallas. Pero no apareció la imagen de Roberts. Era una CABEZA. Unos ojos que me miraban asombrados.

¿Para qué diablos se explicaba él mismo la historia? Ni él se oía ni iba a oírle nadie más en la inmensidad del espacio. Pero había que razonar lógicamente, no dejar que el cerebro desvariara. Que la muerte le llegara en su claro juicio.

—Todos fuimos lanzados unos contra otros. Entonces comenzó la

presión en el pecho… Cerré los ojos… luego los he intentado abrir de nuevo… ¡me oigo! ¡Por el Divino Redentor, oigo!

Gritaba. Oía su propia voz. Después de aquellos angustiosos minutos, ¡no de aquellos eternos siglos!, oía de nuevo.

Y además…

¡La presión iba desapareciendo!

Debía probar a abrir los ojos. Se llevó ambas manos, temblando para cubrírselos. La hirsuta pelambre cosquilleaba en sus palmas. Había unas lágrimas de agradecimiento a Dios porque vivía. Unas minúsculas bolitas húmedas que atravesaban aquella extraña barba,

Abrió los ojos sin dificultad tras la pantalla de sus manos. Se sentía cobarde ante lo incógnito. Ahora sabría qué le había ocurrido, dónde estaba.

Desechó su miedo absurdo. Miró.

Volvió a cerrar los párpados, aterrado.

¡LA CABEZA! ¡Seguía allí!

Una bocanada de aire fresco penetró en sus pulmones. Un aire sutil, recién fabricado. Nunca había respirado así. Su confuso cerebro amenazaba estallar cuando…

—Lobares no ha sido jamás cobarde. Ha de afrontar lo incógnito con serenidad.

Era una voz extraña, murmurada sin timbre, sin entonación, sin vida. Pero sonaba agradablemente, porque no era la suya propia. Era una voz pronunciada a través de una lámina membranosa, una voz metálica.

—Abra los ojos e incorpórese. No tema.

Lo incógnito, la cabeza, le persuadía. No le obligaba, Se avergonzó de su debilidad y abrió de nuevo los ojos.

Era una cabeza cuatro o circo veces superior a la suya. Unos ojos grandes, bovinos. Un hocico perruno. Unos agujeros en el sitio de las orejas. Y un cuerpo diminuto, de gruesas piernas que equilibraban el conjunto.

Una cabeza que se había desarrollado a expensas del cuerpo.

No se cubría con nada, porque el cuerpo estaba recubierto de un pelo como el de los leones, de un color suave, un pelo que se ensortijaba cubriendo la gigantesca cabeza, dejando una extraña superficie lisa entre el hocico y los ojos, los cuales le miraban fijamente mientras se incorporaba.

Era una mirada humana. Era la de un ser inteligente de una raza extraña. ¿Un hombre? Volvió a oír la voz.

—Cuando se acostumbre le ocurrirá lo mismo que a sus compañeros.

¿Cómo emitía la voz? Su hocico no se había movido y no llevaba encima mecanismo alguno.

—¿Viven todos? — preguntó Lobares.

—¿Vivir? Están como usted, como yo. Están todos íntegros.

—¿Dónde?

Hipnotizada su atención por el extraño ser no se había percatado de que se hallaba sentado sobre una tabla de transparente vidrio o cosa parecida, dentro de una especie de cilindro, cuyo fin no alcanzaba a percibir la mirada. No había allí nadie más que ellos dos.

—En otros cilindros, como los llamáis vosotros, en vuestro microscópico polvo etéreo, en la Tierra. Pronto los verás. Cuando Limanis lo ordene.

—¿Quién es Limanis? ¿Tú?

—¿Tú? ¿Usted? Tenéis un lenguaje extraño como ilimitada es vuestra ambición para ser unos simples esclavos de vuestro tiempo. Limanis es el Primer Ser del Imperio Balang. Yo me llamo Sax y pertenezco a la Dinastía de los Terceros.

—No comprendo nada de nada. Quizá fuimos atraídos por la Luna y sois selenitas. ¿Has aprendido el español captando emisiones de radio? ¿Por qué no habéis dado señales de vuestra existencia? ¿Tenéis miedo a los terrestres? Contéstame, Sax.

En la respuesta de éste se percibía un ligero matiz burlón.

—La Luna no existe para los seres del Centro Sideral. Es una partícula de polvo que despreciamos, porque no sirve ni para estudiar su superficie. Estás mucho más lejos, Lobares.

El español, que entonces se hallaba palpando la cálida superficie del cilindro, se volvió asombrado.

—Entonces esto… es Venus, o quizá Marte…

—No.

El extraño hombrecillo dio un brinco y sus ojos quedaron a la altura de los de Lobares. Para él no existía la gravedad. Flotaba. Sin embargo, Lobares no notaba nada de particular en la planta de sus pies. Comenzó a andar, siguiendo a Sax.

Éste continuó hablando.

—Vas a reunirte con tus compañeros de las dos naves. Cambiad impresiones y comenzaréis a adivinar algo: Estamos analizando la capacidad mental de cada uno para saber quién ha de ser elegido para consejero del Primer Ser.

—¿De Limanis, el amo de vuestro Imperio Balang?

—Exactamente. No os hemos traído aquí para que seáis nuestros huéspedes, sino nuestros servidores. Necesitamos conocer vuestro secreto para nuestros propios fines.

—Creo, Sax, que harías bien en ser más explícito. Cada vez comprendo menos este lío. Has dicho no sé qué de dos naves, lo que me hace creer que habéis encerrado a la doctora en celda aparte. En cuanto al secreto de nuestra expedición, me guardaré de revelarlo, si antes no consulto al general Roberts.

—Eso no te ha de preocupar en el Centro Sideral de los Dos Mundos. Detente, Lobares.

El científico se detuvo como había hecho Sax, que cada vez le hacía más el efecto de un perrito volador que quiere dictar órdenes a un boxeador. El larguísimo túnel cilíndrico no presentaba ninguna diferencia en el lugar en que estaban.

Notó de nuevo la opresión en el pecho y se vio obligado contra su voluntad a cerrar de nuevo los ojos. Como en sueños, oía la monótona voz de Sax.

—No tema, Lobares. Resiste bien el transporte osmótico.

Aquel tipo le estaba haciendo una jugarreta como la de antes. A este paso, la barba le crecería cincuenta centímetros más.

De nuevo una bocanada de aire sutil, la opresión que desaparecía, los párpados que no le pesaban. —Le dejo con sus compañeros, Lobares. Recuerde lo que le he dicho.

Sax había desaparecido dejando tras sí las palabras. Lobares se vio en un cilindro que hubiérase dicho que era el mismo que parecía haber abandonado. Pero este cilindro estaba ocupado por un grupo de seres, que le miraban con asombro.

No había entre ellos ningún ocupante del «Flecha». Eran seres terrestres sin ningún parecido a los cabezudos del Imperio Balang. ¿De dónde habían salido?

Súbitamente recordó.

Iba a pronunciar unas palabras, cuando se le adelantó una bellísima muchacha de mirada dura, la única mujer del grupo.

—¿Eres el maldito atlántico por cuya culpa nos vemos aquí?

Estaba entre los rojos del satélite «S. A.-3».

* * *

Ahora comprendía ¡o de las dos naves. Los colegas de Sax habrían apresado, valiéndose de quién sabía qué medios, a los satélites terrestres que se habían cruzado casualmente por su camino. Desde su punto de vista no sabrían hallar entre los ocupantes de uno u otro diferencia alguna y de ahí que Sax creyera que los rojos eran compañeros de Lobares.

Era una situación un tanto complicada. Era de presumir que los soviéticos se habían visto forzados como él a trasladarse a Balang o como se llamara la superficie donde se sostenían, ¿Debía mostrarse hostil de buen principio o colaborar con ellos? Adoptó una actitud diplomática.

—Le felicito por lo bien que habla el inglés. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

La bella muchacha quedó, por unos instantes, desconcertada.

—Me llamo Nadia Marusov. Exijo que seamos libertados inmediatamente. Pida a sus compinches de la cabezota que nos suelten, si no quieren pasarlo mal, ¿entendido?

—Se confunde, guapa. Ese de la cabezota que se llama Sax no es mi amigo. Además es el único tipo que he visto por aquí. ¿Dónde

estamos?

—El camarada Noidoi recuerda vagamente haber visto en el registro de velocidades una indicación anormal. Si era cierta, estamos muy lejos de la órbita de la Tierra, probablemente fuera del sistema solar.

—¡Increíble, señorita Nadia! Nuestros satélites no estaban hechos para semejantes viajes.

¡Quién saben dónde paran nuestras máquinas! Hemos sido traídos aquí mediante procedimientos que escapan a la más desorbitada imaginación de un científico loco.

Intervino un individuo malcarado que llevaba las típicas gafas de sabio abstraído.

—Si me permite, Nadia. Perdone, camarada atlántico... Mi opinión es que estamos en Venus, el planeta más cercano a la Tierra. Los venusianos deben tener un medio de atraer a todo cuanto cruza por el espacio. Según las observaciones del astrónomo siberiano...

Lobares creía haber salido de un manicomio para entrar en otro. No llevaba trazas de aclararse nada por aquel camino. Pero cortó:

—No soy atlántico, colega. Súbdito mediterráneo, de nacionalidad española. Arturo Lobares.

—¡Lobares! Ese odioso individuo que trabajara al servicio de...

El español se volvió hacia el que había intervenido. Era un individuo que llevaba puesta una guerrera que le delataba como miembro de la temida policía asiática. En la mirada de miedo que le había dirigido el de las gafas se veía que estaba allí para vigilar a los demás. Pero él no le tenía temor alguno y no estaba dispuesto a oírse llamar odioso de buenas a primeras.

—Oiga, camarada cancerbero, si no me equivoco. Nadie le ha pedido que se metiera en lo que no le importa. Si me he dignado dirigirles la palabra ha sido gracias a la amabilidad e indudable belleza de la señorita Nadia. No estoy dispuesto, ni aun fuera de la órbita de nuestro amado Sol, a oír ladridos improcedentes.

El rostro de Orskanian se volvió de color púrpura. Con ademán rápido empuñó una «cien tiros» que llevaba y apretó el gatillo.

—¡No sea estúpido, Orskanian...!

El sabio ruso había agarrado fuertemente el brazo del irritado agente del Kremlin, pero no pudo evitar que las balas salieran.

—¡Po... por... por... San Alexis! ¿Qué es eso?

Uno de los rusos no había podido reprimir tal peligrosa y reverente exclamación. Su asombro como el de sus compañeros, el de Orskanian y el de Lobares, no era para menos.

Porque al apretar el gatillo las balas salieron. Pero en vez de dirigirse rectamente a hundirse en el pecho del agredido fueron cayendo al suelo como un chorrito de agua sin fuerza. En aquellos misteriosos cilindros las armas terrestres carecían de valor.

—¡Bonito espectáculo, señor cancerbero! Pero yo tengo otra arma que no fallará...

Al tiempo que decía esto, asestó al enfurecido Orskanian un tremendo directo en la barbilla que lo mandó rectamente contra la pared del cilindro. Pero en lugar de caer al suelo quedó pegado como un pelele, colgantes los brazos y tumefacta la cara.

—Ahora que ya nos hemos presentado, quisiera que me dijera, Nadia, qué sabe de mis compañeros.

Nadia se mostraba impenetrable. Había recobrado su porte altivo y parecía no darse por aludida ante las miradas incendiarias del compatriota de Don Juan.

—Le diré, colega. Me llamo Adrianov. El inventor del «S.A.-3». La partida fue un éxito y cuando estábamos a punto de llegar a destino...

—Mucho cuidado con lo que se dice. Estás traicionando, revelando al enemigo...

Otro de los rusos había interpelado así a Adrianov. Pero éste se revolvió con gesto fiero.

—Estoy harto de terror. Aquí no podéis hacerme nada, Noidoi, lejos de las garras del Kremlin. Hablaré como me plazca. Por el solo hecho de haber atizado un buen sopapo a Orskanian, este Lobares es amigo mío.

—Eres un loco — dijo Nadia.

—Oiga, Lobares — continuó Adrianov, sin hacer caso a la muchacha—. Perdimos el control del satélite, perdimos el conocimiento. Cuando lo recobramos estábamos ante un tipo con una

cabeza grande, un hocico y una voz que parecía salida de dos metros encima de su cabeza.

—¿Sax?

—El mismo. Habló de no sé qué de un Ser Primario que nos iba a examinar a todos. Lo encuentro todo muy divertido. Aquí no tendré que trabajar para inventar nuevas máquinas, obsesionado entre los planos y el temor de la liquidación. En Satelgrad sólo se vive para morir de una manera u otra.

—Se explica entonces que nos adelantaran a los occidentales en la conquista del primer espacio. Con toda Asia a su disposición...

—Embarqué en mi último satélite con la secreta esperanza de que un accidente nos obligara a aterrizar en territorio libre. No ha sido así, pero por lo menos hemos caído en un sitio en que existe alguien amable. Tendremos que coexistir. ¿Dice que no sabe dónde están sus colegas?

—Presumo que estarán siendo atendidos por el maestro de ceremonias.

Lobares se rascaba maquinalmente su barba. De repente quedó unos momentos pensativo y exclamó:

—¿Dónde está la barba de ustedes?

Adrianov sonrió y se acarició sus mejillas.

—Ese es un fenómeno que me intriga. Hasta hace media hora todos llevábamos una espesa pelambrera digna de nuestros antepasados «mujicks».

—¿Y les ha desaparecido de la misma manera que se la encontraron?

—No. Simplemente nos hemos rasurado con una «navaja seca» que llevaba en el bolsillo. Tome.

Adrianov alargó a Lobares la sencilla maquinilla que inventaran en los Estados Unidos diez años antes y que permitía afeitarse en seco sin necesidad de los engorrosos procedimientos que habían privado durante milenios. Se trataba de un minúsculo aparato accionado por una carga nuclear prácticamente eterna. Lobares comenzó a rasurarse mientras atendía a las prolijas explicaciones de Adrianov.

—Lo que me intriga es que en el curso de lo que me pareció no

podía ser más de media hora de pérdida de conocimiento, la barba, las uñas y el cabello crecieran tan desmesuradamente. Según Maydowsky, que en mil ochocientos noventa y siete realizó estudios sobre la influencia de los «shoks» nerviosos en el sistema vegetativo, es posible en determinadas circunstancias obligar a las células a un crecimiento anormal que…

Lobares ya había terminado. Buscó maquinalmente un espejo, pero Nadia, si llevaba alguno encima, no se dio por aludida como de costumbre. Podía ser un ardid capitalista para embaucarla, pensó.

—Perdone que le interrumpa, profesor Adrianov — dijo Lobares —. Yo tengo otra teoría. Recuerde a Einstein.

—¿Es posible…? Quiere decir, Lobares, que lo que me ha parecido media hora habrá sido en realidad medio siglo. Cincuenta años han pasado desde que salimos de la Tierra. Pero… ¿cómo puede ser que no hayamos envejecido?

—Eso nos lo podría aclarar un colega de Sax. Se lo preguntaré a ese Limanis. Tengo una vaga idea de que hemos sido succionados en el Tiempo. Algo incomprensible para nuestras mentes terrestres, pero que en la inmensidad del espacio es una cosa deleznable, un problema que se resuelve en su misma sencillez.

—Entonces… estamos mucho más lejos de lo que yo imaginaba. Esto no es Venus. ¿Dónde habremos ido a parar?

—Son preguntas a las que nadie contesta. Éste es un mundo silencioso, monótono. Estos cilindros parecen ser todo el signo do vida del lugar. Sax su único habitante. Nosotros unos desplazados, unos condenados a…

Una voz metálica, que parecía salir desde todos los sitios, que incluso parecía emanar de uno mismo, se percibió grave, monótona.

—No hay más maravilla que la del Centro Sideral de los Dos Mundos y sobre ella el Imperio Balang, dirigido por el Primer Ser, Limanis. Vosotros, raza extranjera, aún no os habéis hecho merecedores de esparcir vuestra mirada por los Grandes Valles, por los Círculos de Luz, por las Rutas de Fuego, por las Cumbres Etéreas. No habléis, pues, del Imperio Balang hasta que hayáis pasado por la prueba.

Lobares no estaba dispuesto a escuchar «slogans» por siderales que fueran.

—En nuestro deleznable polvo que llamáis Tierra acostumbramos a distraernos un poco, ya sea comiendo, trabajando, estudiando o, simplemente, descansando. Aquí no hacemos nada de eso. Ni tenemos hambre, ni sed ni fatiga. Por lo tanto, por lo que a mí respecta, me aburro soberanamente. ¿Dónde están los otros terrestres?

—Sax se ha dado cuenta de que te ha mezclado con seres que no son de tu tribu, aunque parecéis todos idénticos. Pronto los verás, porque te sacaremos del recinto. Lo que no sabernos es dónde deben ir agrupados dos seres que visten diferentes a los demás, y a quiénes no les ha crecido la barba durante el viaje.

Algunos de los que escuchaban no pudieron reprimir una carcajada.

—Son mujeres — aclaró Lobares—. Las vuestras deberán diferenciarse quizá mucho más.

—En el Centro Sideral de los Dos Mundos no existen esa clase de seres.

—Pues os habéis perdido cosa buena, señor locutor. ¿Entonces por qué os peleáis?

—Por el Dominio Total.

—En nuestra tierra ocurre una cosa parecida. No me refiero a las naciones sino en casa vuestra.

—No tenemos casas. Aprenderéis muchas cosas entre nosotros, raza extranjera. Bien, Lobares, detente.

Lobares estaba quieto, pero adivinó a qué se refería la advertencia. En efecto, pocos segundos más tarde se halló repentinamente entre Aldo Rimoldi, el profesor Desvrieux y Ana, que le miraban con sorpresa.

—¿Qué les ocurre? ¿No se alegran de verme?

Rimoldi estaba espantoso de ver. Más que ninguno. Todos los tripulantes del «Flecha» daban lástima. Y allí estaba Lobares, recién llegado, fresco como una rosa.

—Sí, nos alegrarnos. ¿Pero... no le ha crecido la barba?

Comprendió. La aparición de Lobares impolutamente afeitado les había aumentado la confusión.

Con ademán magnánimo alargó a Rimoldi la «navaja seca» que no había devuelto a Adrianov.

CAPÍTULO IX

Tenía razón aquella especie de introductor de embajadores que se llamaba Sax. El Imperio Balang era una maravilla para los ojos terrestres, habituados a panoramas que apenas diferían entre el verde espeso de la selva aún virgen y el ocre de los desiertos aún por explotar.

La superficie de aquel mundo misterioso que iba a serles revelado no era de ningún mineral que recordara a los de la Tierra. Parecía todo de espumoso cristal y celajes de maravillosos colores flotaban sobre unas ondulaciones semejantes a colinas. .

Lobares y sus compañeros tenían así mismo la impresión de flotar. La gravedad, apenas perceptible, hacía presumir que el planeta aquel era pequeñísimo, semejante en tamaño a la Luna.

Hacía rato que habían salido de los cilindros. La voz desconocida — que no siempre era la misma — les había advertido que se colocaran unas escafandras transparentes y una especie de raquetas que hallarían al final del cilindro.

Obedecieron, Quizás aquellas estancias servían para aclimatar a los que, proviniendo de otros planetas, no estuvieran habituados a la composición química para la que estaban hechos sus pulmones, branquias o lo que fuera.

Una vez fuera se dieron cuenta de que allí no habría ni oxígeno ni hidrógeno, ni anhídrido carbónico. El paisaje era maravilloso, eso sí, más carecía por completo de vegetación.

Se entendían perfectamente los unos a los otros. Incluso de vez en cuando las voces desconocidas hacían su aparición, sin que en parte alguna, ni en el interior de las escafandras se viera el dispositivo de transmisión.

—Si así lo preferís, seréis recibidos ante el gran Limanis todos juntos. Ya os advertiremos en el momento oportuno.

Callaba la voz y los terrestres continuaban andando. Lobares daba vueltas y más vueltas a su magín, intentando hallar aclaración a tantos misterios.

—Observo que, pese al tiempo transcurrido desde que desperté, sigo sin tener hambre ni sed. Luego en este planeta ni se respira, ni se come, ni se bebe, ni se habita en casa alguna. Es lo que he averiguado hasta ahora. ¡Qué sitio más aburrido!

Desvrieux iba anotando en una libreta de notas todo cuanto sus ojos veían. Imaginaba el revuelo que producirían sus declaraciones ante las pantallas de televisión del mundo entero.

Aldo Rimoldi también se torturaba pensando en cómo habían podido viajar hasta allí, perdido el conocimiento a través de una porción de tiempo más allá de todo cálculo.

Ana Sheylord miraba recelosamente tras de sí. Varias veces había preguntado qué había sido de los soviéticos y si no eran ellos los que habían atraído a los occidentales a aquella parte del universo. Pero ni sus compañeros ni la voz habían sabido o querido responderle.

Y así uno tras otro, iban andando entre aquellas vaguedades multicolores, sin ningún objetivo para su excursión.

La voz anunció:

—Hay una inquietud, en vuestros rostros. ¿Qué sentimiento reflejan?

Lobares dio la respuesta:

—Aburrimiento y un poco de temor. Demasiados misterios. Aparte de Sax, por ejemplo, no hemos distinguido a ningún otro ser viviente. ¿Dónde habitáis? ¿Debajo la superficie acaso?

—Ya dijimos que las cosas no existen aquí tal como vosotros las entendéis. En cuanto a los habitantes del Centro Sideral de los Dos Mundos, es decir, los súbditos del Ser Primero, vuestros ojos no están habituados a verlos, porque carecen de los órganos necesarios para ello. Sin embargo, yo hace mucho tiempo que os estoy acompañando. Voy a vuestro lado.

—Mucho gusto. ¿Cómo te llamas?

—Baurrun.

—Pero las voces parecen resonar dentro de nuestro cerebro, como si fuera emitida a distancia con energía poderosa.

—Algo parecido a eso. Nuestras voces se crean dentro de nuestro cerebro y hace muchas rotaciones que aprendimos a suprimir el molesto camino de la garganta para expresar lo que sentimos. Quizá en vuestra minúscula mota de polvo lleguéis alguna vez a dominar esa técnica.

—Gracias, Baurrun por tu disertación. Seguimos sin comprender nada. Ansiamos ver a Limanis, porque de esa manera saldremos de dudas de una vez.

—El Gran Limanis también ansia veros. Pero graves preocupaciones le retienen en las lindes del Imperio Balang.

—¿El Imperio Balang tiene fronteras? En eso seguís tan atrasados como nosotros.

El invisible Baurrun no respondió. Era una respuesta que sólo podía dar el jefe supremo del Imperio. Sólo murmuró sin terminar la frase.

—No estamos nunca en paz con esas malditas Huestes de Krakal...

— ¡Estupendo!—saltó Rimoldi—. Esto es menos aburrido de lo que imaginaba. Huestes de Krakal... esto me suena a guerra.

Baurrun desvió la conversación hacia otros temas.

—Si os aburre ver las maravillas de nuestro gran planeta, podéis regresar a vuestros cilindros de aclimatación o admirar los cilindros protectores. En uno de estos últimos os recibirá Limanis.

—No entendemos qué significa eso de los cilindros. Lo de aclimatación nos lo explicamos, pero lo de protección...

—Esos también están aclimatados y además sirven de protección contra el ataque traicionero del enemigo. En ella nos reunimos los súbditos del Imperio Balang. Allí podréis vernos con vuestros ojos, como habéis visto a Sax.

Se percibía mezclado con la voz de Baurrun un murmullo lejano como si otras numerosas voces se interfirieran, mezclándose vagamente en la corta transmisión.

—Una muchedumbre invisible nos rodea, compañeros— dijo Rimoldi—. Con las ganas que yo tenía de poseer dicha propiedad cada vez que aparecía el sastre que me confecciona los uniformes de piloto. Oiga, Baurrun, ¿no tienen la receta de la invisibilidad?

El aludido debió comprender el tono humorístico de la pregunta, porque se percibió un gruñido que tanto podía ser de desagrado como de satisfacción, y contestó, manteniéndose siempre en las vagas brumas de lo invisible:

—Es una propiedad innata en nosotros. Durante miles y miles de rotaciones hemos adquirido el poder de permanecer invisibles a los ojos no habituados de otras razas, como por ejemplo, las huestes de Krakal, los neuro-vegetales del Planeta Ovoidal y los reptiles cerebrales de las Estrellas Frías.

—¡Qué mundos...!—murmuró Rimoldi, que no acertaba a salir de su estupefacción ante cosas nunca sospechadas—Los neuro-vegetales, las estrellas frías. Puro desvarío, por San Genaro.

Habían llegado a una especie de callejón sin salida. Una espiral de algo brillante como el vidrio, materia que predominaba en vastas extensiones de aquel planeta. Hermosísimas vetas de colores que ningún aparato fotográfico terrestre, aún los más modernos y sensibles, podrían jamás captar, se entrecruzaban y formaban haces como un cuadro de suprema belleza.

Una trinchera que cada vez se volvía más estrecha, hasta que nadie pudo avanzar. El paseo había terminado.

—¿Baurrun? ¿Y ahora... qué?

Nadie contestó. Parecía que los habían dejado solos.

—Volvamos atrás— dijo Lobares.

Ana Sheylord, que iba rezagada, intentó volverse. Pero una fuerza superior se lo impidió.

—¡Ay! Aquí ocurre algo, un muro de cristal...

Todos se apretujaron en el lugar que decía la doctora. Nadie podía cruzar. Había un muro invisible, blando e impenetrable.

—Nos han encerrado en el corral — dijo Desvrieux furioso—. Están jugando con nosotros. Somos los cobayos de un planeta que pretenden conquistar. ¡Pobre Tierra!

—No se sulfure, profesor. Tengo confianza en que Sax y Baurrun no han intentado engañarnos. Un poco de paciencia.

Lobares iba palpando el muro blando. Parecía una pesadilla todo lo que les ocurría. Cada uno podría creerse que estaba loco y que pensaba tener los demás a su lado. Pura ficción la de hallarse en un planeta lejano en vez de las asépticas salas del Hospital Neurótico de Tánger o del Centro Recuperador de Mentes Enfermas de Atenas.

De repente, la tierra pareció hundirse bajo sus pies. Una densa niebla los envolvió y vieron miles y miles de cabezas alzándose sobre las suyas.

Vieron. Un anfiteatro inmenso recordando vagamente el Valle de los Muertos. En lugares destacados veíanse bolas de ¡fuego que iluminaban a una ordenada multitud de aquellos seres iguales a Sax. Como en una sala de múltiples espejos, la multitud parecía infinita como si todos los habitantes del planeta se hubieran reunido allí.

Estaba Sax. Estaba Baurrun. Reconocieron su voz. Dentro de lo que a sus ojos aparecía anormal — aquella cabeza tan desmesurada — los rostros de ambos tenían algo de humanidad, mejor dicho, de bondad, de simpatía, como expresión amigable de perrazos afables.

—Ahora veis. Pronto Limanis os concederá el honor de hablar con vosotros.

—¿Con toda esa gente presente? ¿Vamos a ser juzgados?

—Los balangs están presentes siempre que los convoca el Ser Primero del Imperio. Pero vosotros no los veréis, mientras Limanis esté hablándoos.

Todas las bolas luminosas se movieron y se fundieron en una sola. Estalló ésta en mil pedazos que volvieron a ser otras tantas bolas luminosas que al reintegrarse al puesto anterior esfumaron a la multitud que se convirtió en bruma.

En el sitio del estallido se apreció un cambio. Una espiral del más puro diamante, de millones de destellos en cuyo remate aparecía sentado a la manera de Buda una corpulenta figura, de cabeza como la de los demás, pero más reducida.

Baurrun y Sax, corrieron a sentarse al lado del Ser Primero del Imperio de Balang.

Limanis miró al grupo de asombrados terrestres. Su hocico no se movió, pero todos percibieron claras sus palabras, en inglés, francés o

español, según la patria de cada uno. Los balangs tenían un medio de hacerse comprender por telepatía o lo que fuera, pues no se veían aparatos de ninguna clase. Pero la voz resonaba en el interior de cada uno, una voz que siempre parecía ser la misma, fuera pronunciada por Limanis o por cualquiera de sus súbditos.

—Os saludo, seres de la órbita solar menor. Mi mente ve con claridad vuestra confusión y desconcierto. Vuestro asombro ante lo que vuestro sentido revela en mi reino es prácticamente inexpresable. Con vuestro lenguaje pugnáis, por expresar una serie de preguntas a las que sólo yo, como ser Primero del Imperio Balang, puedo responderos, ¿no es así?

Lobares y los demás abrieron la boca. Aquel tipo había llegado al punto de saturación cerebral al que posiblemente llegarían los habitantes de la Tierra un millón de años más tarde. El español aprovechó la invitación para preguntar:

—En efecto, no comprendemos nada, ¿Qué reino es este? ¿Qué planeta es el que nuestros ojos y nuestros demás sentidos notan?

—Quizá ni Baurrun ni Sax os informaron, obedeciendo mis órdenes.

—Así ha sido. Sólo sabemos que no estamos en ningún planeta del sistema solar.

—No. Estáis a una distancia que jamás habríais supuesto, una distancia que incluso para los científicos que se hallan entre vosotros, rebasa los límites de la más desbocada fantasía.

—Sax nos motejó de minúsculos habitantes de una mota de polvo astral, una molécula apenas perceptible del Universo

—Tal aseveración no pecó de exagerada. En vuestro sistema, ¿cuál es el planeta mayor?

—Júpiter.

—Que es 1295 veces mayor que el vuestro. La luz de vuestro sol, el ardiente astro que os da vida, ¿cuánto tiempo necesita para llegaros?

—Apenas ocho minutos.

—La estrella más próxima a vuestro sol necesita nada menos que cuatro años para haceros llegar su luz. El Sol y sus nueve planetas forman parte de una Galaxia de millones y millones de estrellas. Esta

Galaxia sólo es una de los miles de millones de galaxias que vuestros astrónomos dicen que existen. ¿En qué otros, planetas solares existen seres vivientes?

Intervino el profesor Desvrieux, ansioso de exponer su sapiencia.

—A pesar de que nuestro satélite era sólo una base para iniciar más adelante la exploración del sistema solar, sabemos por las investigaciones efectuadas utilizando todo material disponible en el campo de la radioastronomía, que sólo la Tierra es capaz de albergar la vida tal como la entendéis los de este planeta y la entendemos nosotros.

—¿Por qué? Venus, por ejemplo...

Desvrieux interrumpió impaciente a Limanis.

—En Venus no hemos detectado la presencia de agua. Sus nubes no son de composición hidráulica como las de nuestra atmósfera, sino que contienen polvo y gases tóxicos, la superficie está cubierta de anhídrido carbónico unas veces y en otras una vegetación super tropical es favorecida por temperaturas de hasta cien grados centígrados. El resultado de tales diferencias climáticas se traduce en ciclones, huracanes... La vida es imposible.

—¿Y los otros planetas?

—Mercurio es más pequeño. Como tiene poca gravitación, la atmósfera se le escapó si alguna vez la tuvo. Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno, son mayores, tienen atmósfera, pero tóxica. Plutón es demasiado frío. En cuanto a Marte es un planeta que se extingue y en sus temperaturas entre 70 grados bajo cero y 10 sobre cero, los vestigios de vida son muy tenues.

—Veo, Desvrieux, que no sois tan ignorantes como alguno de los seres de otros planetas con quienes tuve la desgracia de tratar.

Limanis movió la cabeza hacia la multitud que no veían los terrestres; como aprobando. De repente y dirigiéndose a Lobares, preguntó:

—Fuera de vuestro sistema, ¿en qué sitios creéis que puede existir vida?

—En esto sólo podemos establecer deducciones. Nuestros potentes telescopios han captado un número incalculable de estrellas. Suponiendo que una de cada millón tenga sistemas de planetas agrupados, que un grupo de cada mil reúna condiciones de vida, que

un planeta de cada mil tenga seres inteligentes... Si hay cien trillones de estrellas visibles o fotografiables, existen, pues, cien millones de planetas como la Tierra.

Un sordo rumor los envolvió. Los balangs estarían comentando lo que Lobares acababa de expresar. Limanis dijo:

—En nuestro Imperio tenemos seres dedicados a la exploración visual del gran universo, estado mayor de nuestros exploradores y navegantes del espacio. Ellos conocen los caminos de las galaxias mejor que vosotros los corredores de habitáculos. También tenemos máquinas que estudian los planetas habitados y aprenden para nosotros las lenguas de los seres y bucean en el pasado. Por ello sabemos que vuestros astrónomos han realizado muchos progresos en su deducción, y hace muchas rotaciones de las vuestras, uno de ellos hizo un importante descubrimiento.

»Vino a darse cuenta, observando la estrella anotada en vuestros mapas corno «Estrella Doble 61 del Cisne», que una de ellas sufría periódicamente una pequeña desviación. Vuestros telescopios sólo aperciben masas brillantes y no oscuras como es lógico dentro de vuestros medios. Aquella desviación sólo podía obedecer a la presencia de un planeta, y este planeta tenía que ser de un tamaño 4070 veces superior a la tierra.

»Acertó. Aquel hombre, sin saberlo, preveía que el primer planeta descubierto fuera de la órbita solar, sería también el primero en que seres de su misma raza conocerían y explorarían.

Desvrieux saltó.

—¡Imposible! No hay ningún mecanismo capaz de trasladarnos a través de tantos años de luz.

—Estáis en el Centro Sideral de los Dos Mundos. Este es el planeta que descubrió vuestro astrónomo, cuya presencia adivinó. La vida de seres inteligentes existió en él cuando ni siquiera existía la nebulosa que debía dar origen al sistema solar. Estamos un millón de veces adelantados. ¿Creéis que necesitamos complicadas máquinas para acercarnos a vuestras partículas de polvo o para explorar sistemas de los que no tenéis ni la más remota; idea?

—Algún diabólico ingenio es necesario, indudablemente, para llevarnos aquí.

—Sencillamente. Habéis venido avanzando contra el Tiempo.

El estupor se reflejó en el rostro de todos, menos de Lobares. Este comprendió qué quería decir Limanis.

—Es cierto… La barba, las uñas… no puede ser de otro modo.

—Lobares razona lógicamente. Desde que partisteis de la Tierra ha transcurrido mucho tiempo… es decir, tiempo del vuestro. Unos veintitrés siglos…

Un escalofrío de terror corrió por la espina dorsal de todos. Limanis había dicho veintitrés siglos como si nada. En aquellos momentos la Tierra conocería una civilización diferente y Burgi Assad, Tánger, Madrid, Satelgrad y Nueva York serían ruinas que los arqueólogos tendrían dificultades para identificar. ¡No podía ser!

Otra vez fue el grito unánime que salió de las gargantas.

—Es imposible creerlo, Limanis. Nuestro organismo no está hecho para resistir más allá de un siglo.

—Vuestros sabios descubrieron con mil siglos de retraso con respecto al Centro Sideral un método de conservación llamado hibernización, merced al cual se intentaba aletargar los tejidos permitiendo curas. Vosotros fuisteis hibernizados al entrar en contacto con nuestros exploradores. De otro modo no hubieseis podido resistir el viaje desde las capas superiores de vuestro planeta al nuestro. Lo que han sido veintitrés siglos en la Tierra, para vuestros cuerpos fueren diez años y para nosotros simplemente una rotación, lo que llamaríais un día.

Se hizo un penoso silencio. Aquello era tan fantástico que el cerebro no llegaba admitirlo como una realidad. Lobares, siempre atento a la buena predisposición del jefe de los balangs, preguntó:

—Por lo que nos explicáis, se deduce que no ha sido mero accidente el hecho de nuestra llegada aquí. Hay otro grupo de terrestres que han venido al mismo tiempo. ¿A qué obedece eso?

Limanis pareció meditar antes de volver a expresarse.

—Para vuestra inteligencia sería muy largo de explicar la historia de este planeta. El nombre de Centro Sideral proviene de remota época en que se creyó que el nuestro era el centro del Universo como ocurrió en la Tierra. Tenemos dos soles, alrededor de los cuales gravitan una infinidad de planetas más grandes o más pequeños. El único habitable es el nuestro.

—Y está dividido en dos partes, el Imperio Balang y…

—...el de las hordas de Krakal— continuó Limanis, haciendo un gesto como si perdonara la interrupción de Lobares—. Siempre habíamos vivido en paz hasta que Krakal decidió tantear la muerte. Nosotros aceptamos con alegría el reto, pero la muerte continúa burlándose de los habitantes de este planeta y sólo hemos conseguido que la vida sea una permanente angustia para nosotros.

Todos se miraron entre sí. No comprendían nada.

—La victoria contra nuestro enemigo es lo de menos. Lo que el pueblo balang desea es que le sea revelado el secreto de la muerte.

Por vez primera se percibía un tono de angustia en las voces que oían los terrestres. Limanis parecía tener prisa en que éstos supieran lo que les estaba atormentando.

—Los habitantes de la Tierra son un pueblo atrasado en comparación con nosotros. Pero aún no ha caído sobre ellos la maldición de la eterna vida física. Hace miles de siglos que en el Centro Sideral se vivía como en los demás planetas habitados. Mas, de repente, un sabio que vosotros motejaríais de diabólico descubrió el secreto, el Gran Secreto, que desde entonces fue la Gran Maldición. Creyó que los seres llegarían a la cumbre de la felicidad, si les evitaba el terror de la muerte. Convenció a los jefes y convenció a todos y las Nubes de Vida envolvieron a todo el planeta. Desde entonces nadie ha muerto.

El murmullo parecía un lamento de los que anhelaban morir. Los terrestres se revolvían inquietos.

—Ya hace miles de siglos que la unidad del planeta se quebró al achacar una mitad a la otra mitad la culpa de la gran maldición. Krakal se erigió en jefe de los descontentos y yo seguí dirigiendo el Imperio Balang. Somos invulnerables a las heridas, a las enfermedades, incluso a los más variados inventos mortíferos que hemos ido descubriendo en nuestros viajes por el espacio.

—Yo pregunto otra vez: ¿Qué queréis de nosotros?

—Os lo diré, extranjeros. Queremos que viváis con nosotros hasta el día de vuestra muerte. Iremos estudiando en vuestros cuerpos el porqué de su agotamiento y entonces, cuando lo sepamos, volveremos a ser normales.

—Esto es servir de conejitos de indias para fines experimentales. A mí no me agrada esta perspectiva.

—No os tocaremos, solamente os observaremos. Descubriremos de nuevo el gran secreto y restableceremos sobre nuestros organismos el ciclo normal. Gozaremos del descanso eterno y libres de la esclavitud del cuerpo estaremos con Dios.

—Nosotros no podemos habituarnos a esto. Preferimos regresar, mejor dicho, exigimos que se nos deje donde estábamos.

Limanis se incorporó.

—No os podéis rebelar. Tendréis que luchar contra los Krakal y sabremos si sois o no invulnerables también. Cuando hayamos dominado la otra mitad de nuestro planeta, iremos a buscar más terrestres, y, si llega el caso, conquistaremos la Tierra para habitarla y abandonar este planeta en el que no se muere jamás.

El cerebro de Lobares trabajaba rápidamente. Había que seguir la corriente a Limanis mientras averiguaba el medio de salir del planeta, fuera como fuera.

—En tal caso no nos queda otro remedio que obedecer al Ser primero, el gran Limanis. ¿Se reunirán con nosotros los rusos?

—Naturalmente. No se pueden hacer distinciones, ya que vuestras querellas son ridículas en este mundo.

—Son hombres preparados para todas las contingencias interplanetarias y le recomendaría, Limanis, que no se fíe muchos de ellos. ¿Dónde están ahora?

—Están examinando el círculo de fuego. Ahora voy a hacerlos venir.

Limanis alzó sus minúsculos brazos y pareció dirigirse a Baurrun y Sax como ordenándoles que cumplieran sus órdenes. Ambos se apresuraron a realizarlas.

Iluminóse repentinamente la atmósfera y los expedicionarios del «Flecha» volvieron a ver fugazmente el inmenso anfiteatro lleno de las cabezas de los balang. Unos relámpagos verdosos estallaban en silencio, deslumbrantes y estremecedores. Limanis seguía gesticulando. Su voz se percibía espasmódicamente…

—…rómpase el equilibrio… tienen razón… los terrestres tienen razón… tenéis razón… hay que evitar que crucen la Gran Barrera…

Limanis se había desconcertado de repente por algo que le estaría comunicando algún invisible interlocutor. Lobares se acercó a él.

El español sintió que el suelo se volvía blando, esponjoso. Volvió instintivamente la cabeza y no distinguió a sus compañeros. Gritó:

—¡Desvrieux! ¡Rimoldi! ¡Ana! ¿Dónde están, Limanis?

El jefe tardó en contestar. Lobares sentía oleadas de un aire espeso romper contra su rostro.

—Nadie se ha movido. El equilibrio parece haberse roto, pero no temáis, pronto volveréis a ser visibles.

El murmullo se había convertido en un griterío desacorde, en un gemido de perros torturados.

La bola de fuego iluminó claramente el anfiteatro. La visión no fue fugaz y Lobares pudo ver que la inmensa muchedumbre alargaba sus brazos hacia Limanis como pidiendo una explicación por todo aquello.

Se volvió de nuevo. Allí estaban Rimoldi, Benumar, Shari Bled, Rene Cauze, el profesor Desvrieux, el coronel Fontier. Respiró tranquilo y se adelantó más hacia Limanis. Pero de repente sintió la impresión de que algo anormal ocurría en el grupo. ¿Estaban todos? Volvióse de nuevo presa de angustia.

Ana Sheylord no estaba allí.

—¿Dónde está la mujer? — tronó más potente que nunca la voz de Limanis.

—Esa es la pregunta que debemos hacer a los magos del Centro Sideral. ¿Dónde está la doctora Sheylord?

Limanis estaba desconcertado.

—Ha huido, no cabe duda... O Krakal la ha secuestrado...

La bola de fuego se apagó bruscamente y en su lugar la oscuridad invadió por completo el anfiteatro. Millones de gargantas emitieron un lamento desgarrador. Era la primera vez que ocurría aquello.

E inmediatamente un sordo temblor de la superficie les hizo caer a todos, incluso a Limanis y sus dos acólitos. El cielo se iluminó con la humareda acre de un colosal incendio, en cuyo centro, parecían estar ellos. Limanis seguía gritando.

— ¡El equilibrio se ha roto! Tened fe en mí; quizá la hora ha llegado antes de lo que esperábamos...

Rimoldi avanzaba a gatas, sin perder la sonrisa, como si todo aquello fuese un juego divertido.

—Oiga, Lobares; atice a ese tipo un buen sopapo a ver si…

No pudo terminar la frase, porque comenzó a caer sobre ellos una aplastante lluvia de pedruscos, al tiempo que se percibía claramente una lejana y potente explosión. Lobares se cubrió la cabeza con los brazos. El griterío era ensordecedor.

CAPÍTULO X

—Esto ya está mejor, amigos. Todo aquello de las transmigraciones de un lugar a otro, de la invisibilidad, la inmortalidad y demás zarandajas me traía harto frito. Mirad, ¿no parece aquello un bosque como los de nuestro añorado y nunca bien ponderado planeta?

Rimoldi, como buen italiano, fantaseaba ligeramente tratándose de paisajes. Aquello se parecía tanto a un bosque terrestre como un balón de fútbol a una orquídea.

Los otros sonrieron. No perdían de vista el hecho de que tras aquel bosque se ocultara una manada de krakals dispuestos a comprobar, en menos que canta un gallo, si los extranjeros eran o no mortales.

Los dos brillantes soles habían aparecido dos veces sobre el horizonte y desaparecido otras tantas desde que ocurriera la primera conmoción que iniciaba una nueva era en el planeta. La mezcla de la tortuosidad eslava con el superadelanto científico de los krakals, habían comenzado a quebrar el equilibrio que durante siglos había prevalecido sobre los dos imperios.

La confusión había sido tremenda. Nadie había visto nada, ni nadie sabía nada. Pero eran evidentes dos cosas. Que Ana Sheylord había sido secuestrada y que los de Satelgrad habían desaparecido sin saber cómo.

—Yo creo que debieron sobornar a algún balang y que...

Lobares hizo un gesto ambiguo. Para saber las cosas, nada mejor que ir en su busca o por lo menos entrar en contacto con los Krakals. No habiendo provenido la conmoción de los balangs, era indudable que sus enemigos sabrían algo de ello.

—He preferido simular que estamos dispuestos a aceptar la hospitalidad que Limanis nos ha ofrecido. Cuando sepamos qué ha sido de la doctora y de los rusos, podremos averiguar cómo se las arreglan para viajar por el espacio. A la primera oportunidad, nos largamos.

Sostuvo al profesor Desvrieux, que había tropezado con un

pedrusco. El paisaje ya no era el mismo de antes. A trechos semejaba un paisaje lunar, en otros un desierto etíope, y en los más unas colinas cubiertas de vidrios desmenuzados. Por vez primera desde que habían partido del anfiteatro veían muestras de vegetación, semejante a algas y pólipos. Era el bosque que había creído identificar Rimoldi.

Iban equipados con escafandra, con traje parecido al que llevaba al salir de Burgi Assad. La escafandra no era precisa del todo, pues el respirar la atmósfera del planeta sólo les produciría un ligero dolor de cabeza y una dificultad al respirar. Con el tiempo se habituarían, les había dicho Limanis, mas por el momento era preciso llevar la protección, ya que los krakals podían lanzar las nubes del sueño.

—Cuando os acerquéis a los límites de los dos imperios, a los que os llevará Sax en su nave, estad alerta. Nosotros no podemos acercarnos a ayudaros hasta que sepamos con exactitud cuáles son las nuevas condiciones reinantes una vez roto el equilibrio.

Limanis no estaba habituado a gobernar un planeta en desequilibrio. La invisibilidad había desaparecido, no podían trasladarse de un lado a otro por el simple impulso de la voluntad transmigratoria. ¿Serían también mortales? Sólo Dios podría revelárselo, a menos que nuevos accidentes surgieran.

Algunos habían sufrido heridas, a pesar de que la lluvia de pedruscos había sido cortísima. Los dañados ostentaban orgullosos sus lesiones. En el planeta aquello no se concebía. Y, sin embargo, por vez primera sentían miedo de lanzarse locamente contra las huestes enemigas. Que fueran por el momento los terrestres, ya que tantas ganas tenían de medirse con los krakals.

Lobares y sus compañeros iban armados. Pero no con armas extrañas producto de aquella sorprendente civilización ultraavanzada. Los balangs les habían entregado los sencillos fusiles nucleares de carga prácticamente eterna que habían cargado en el «Flecha» por si era preciso usarlos. Los navegantes balangs habrían sido incluso capaces de traerse todo el satélite artificial a su casa para estudiarlo.

Bien, utilizarían las armas si era preciso. Si la conmoción había sido provocada significaba que habría que defenderse contra unos tipos dispuestos a no andarse con chiquitas. ¿Qué juego estaban haciendo los eslavos en la extraña partida?

El bosquecillo era el límite que tácitamente habían establecido krakals y balangs como frontera de unos años a aquella parte y el único lugar en que podían esconderse los vigilantes de que las

frecuentes treguas de la eterna guerra no fueran violadas por grupos aislados.

Lobares se adelantó, instintivamente inclinado y el arma preparada. Si las cosas iban mal dadas, él recibiría la primera racha desintegradora o la primera carga de los «cien tiros». Pero siempre quedaba el recurso de echarse al suelo o esconderse tras uno de los pedruscos más grandes.

Conocía algunas palabras de ruso. Tenía la convicción de que al otro lado sería un idioma comprendido. Al tiempo que ordenaba a sus compañeros se desparramasen en forma de arco, muy separados los unos de otros, gritó hacia el bosquecillo.

— ¡Atención! Si me escucháis los del «S.A.--3», os aconsejo os unáis a nosotros. Nada ganaréis con incitar a los krakals a destruir este planeta.

Nadie contestó. ¿Se habría equivocado Lobares y estaría solitario el bosque de algas?

Rimoldi, que con los demás se había echado al suelo, comenzó a incorporarse al tiempo que decía a Lobares:

—Tendremos que pasear un poco más. No es fatigosa la marcha en este planeta, con la ventaja de que el apetito no molesta jamás.

Se refería a que no habían tomado bocado alguno desde que partieran de Burgi Assad. En el Centro Sideral no se alimentaban como en la Tierra. Ingerían una especie de vitaminas que reponían el desgaste celular por un período que llegaba a veces a un año, según el desgaste sufrido. Los terrestres debían haberlas ingerido por cuanto jamás habían experimentado la sensación del hambre.

—Bien, atravesemos el bosque y sigamos.

Iban a hacerlo cuando se vieron sorprendidos por algo que se movía a través de las algas.

—¡Si parece Ana Sheylord!

Éralo en efecto. Avanzaba lentamente sin poder evitar mirar con recelo hacia atrás. La distancia que la separaba de los expedicionarios mediterráneos era aún considerable y no podía percibirse si huía o avanzaba para parlamentar.

Lobares no podía reprimir una mueca de disgusto, que fue observada por Rimoldi.

—¿No se alegra de que esté de nuevo entre nosotros? —Lo que me gustaría saber es qué está tramando ahora.

—¿Qué está diciendo, Lobares?

—Quizá me equivoque, pero pronto lo sabremos. Esa mujer no fue secuestrada.

—No creo que tuviera ninguna curiosidad por saber cómo son los krakals.

—Los krakals, no. Pero saber qué hay que hacer en las presentes circunstancias, sí. Había ido a preguntar a sus compinches.

—Es grave lo que dice, Lobares — intervino el coronel Fontier —. La está acusando de espía al servicio de los soviéticos. ¿En qué basa esas absurdas deducciones?

—Es muy largo de contar, coronel. La historia comenzó en Tánger poco antes de mi partida a Burgi Assad. Pero antes de proseguir, veamos qué nos cuenta la doctora.

El aspecto de Ana Sheylord era más desafiante del que había supuesto Lobares. Antes de que éste hubiera podido decir nada, le espetó:

—Creí que se habrían escondido y no vendrían a buscar guerra.

Rimoldi intervino antes que Lobares contestara.

—No hemos venido en son de guerra, sino a rescatarla, Ana.

—¿Rescatarme a mí? ¡Qué caballerosos!

—Parece que se burla de nuestras buenas intenciones.

—Me largué por mi cuenta y riesgo. Ya estaba harta de fingir. Y preferí ponerme del lado que llevan las de ganar.

El asombro les impidió a todos articular palabra. A todos menos a Lobares, que mantenía el rostro hermético.

—¿No les ha contado nada ese Lobares? Algo que le ocurrió en Tánger. Comenzó a Charlar y gracias a sus buenos informes los soviéticos supieron que habían convocado a un número de sabios para la reunión. En el Kremlin ordenaron que fueran todos vigilados y así fue cómo se supo que los más importantes habían desaparecido rumbo al Sur. Así, desenredando la madeja, se pudo adivinar que un satélite aliado se preparaba para surcar las capas superiores. ¿No es cierto,

Lobares?

—No le creí capaz de tal canallada. Sospechaba algo de eso, puesto que Birossy escuchaba con demasiado interés y percibí el rumor de una grabadora magnetofónica. Aquello era un antro de espías.

—La mejor que los soviets lograron infiltrar en la Unión Mediterránea, Lobares —.Hizo una pausa. — Ahora, si es cierto lo que dijo Limanis, ya estarán convertidos en polvo impalpable. Pero el plan de dominio mundial resurgirá gracias al pequeño núcleo de fanáticos que ha sobrevivido al paso del tiempo. La lucha comienza en pequeña escala entre los dos grupos y ganaremos nosotros, que nos hemos adelantado.

Lobares estaba asqueado de aquella traidora. Se acercó a ella. Pero la Sheylor empuñó rápidamente un «cien tiros».

—No se acerque, Lobares. He venido a parlamentar. Son ustedes los que se han de unir a nosotros.

—¿Con qué objeto?

—Tenemos que barrer a Limanis y sus balangs de este planeta y dar el poder a Krakal. A cambio, éste nos dará naves para que podamos regresar a la Tierra y armas para que la conquistemos.

—¿Nuestro planeta en poder de un grupo de ambiciosos, representante de una cruel tiranía?

—Nosotros dictaremos la ley. Caeremos sobre los continentes con fuerza avasalladora y nos repartiremos mares y tierras entre los que tripulaban el «S.A.-3» y yo.

—Lo que quiere decir que nosotros sólo recibiremos el premio de unos criados — dijo sarcásticamente Rimoldi.

—Vosotros os quedaréis en el Centro Sideral como rehén de Krakal. Gozaréis de ciertos privilegios aquí.

—¡Lárguese con los suyos, Ana!—saltó Lobares—. No nos interesa su proposición. Estamos dispuestos a impedir que ese plan se lleve a cabo. Regresaremos a la Tierra, pero no como conquistadores.

—Esas son las proposiciones. Si no las aceptan, se arrepentirán.

Sin dejar de apuntarles, fue retrocediendo en dirección al bosquecillo. Pero antes de llegar surgió otra figura.

Era el profesor Adrianov que corría hacia ellos, gritando:

—¡Estoy harto! Quiero ser libre. No hagáis caso a esa traidora.

Adrianov corría como si le persiguieran, aunque no se veía a nadie. Se percibía claramente el chirriar de los fusiles nucleares a través del bosquecillo. Todos se echaron al suelo al tiempo que intentaban proteger con sus armas el avance del fugitivo.

Ana Sheylor había conseguido esconderse en las primeras algas. Adrianov tenía los ojos fuera de las órbitas y el casco medio destrozado. Respiraba afanosamente y de cuando en cuando vacilaba y sus rodillas se doblaban. Había llegado al límite de sus energías.

De repente dió un grito espantoso de agonía. Su cuerpo se partió en dos porque un impacto desintegrador le había alcanzado a la altura del corazón. Por un momento los involuntarios espectadores cerraron los ojos para no ver cómo la mitad superior del cuerpo se elevaba momentáneamente para caer al suelo después.

—¡Malditos! Lo han asesinado, porque era el único decente de ellos.

Los fúsiles de Lobares y sus compañeros barrieron el bosquecillo. Avanzaban velozmente. Pero se dieron cuenta de que los otros no estaban dispuestos a plantear la batalla aún y huían.

—¿Qué hacemos ahora?

—Seguir. Aunque tengamos que dar la vuelta entera a este maldito planeta.

Rimoldi no pudo contener un sarcasmo.

—Sería mejor darla por el Polo. Cuatro mil por cuarenta mil, si no me equivoco, hacen ciento sesenta millones de kilómetros a recorrer. Si nos garantizan la inmortalidad, creo que podemos atrevernos.

—Déjate de bromas y avisa a Limanis que nos mande unos cuantos de sus bólidos, esos artefactos que llaman «exploradores».

—Lo malo es que no sabremos manejarlos.

—Tampoco lo sabrán hacer nuestros contrarios. Mal o bien, daremos con ellos.

Avisaron a los balangs y en menos de dos minutos aparecieron

sobre sus cabezas tres de los artefactos voladores semejantes a cucharas y cerrados herméticamente. Sax pilotaba uno de ellos.

—La conmoción ha destruido nuestros depósitos. Sólo podemos proporcionaros estas tres naves exploradoras. ¿Cuál es vuestra intención?

—Buscar a nuestros colegas terrestres.

—Limanis me ha encargado os advierta que estas naves no sirven para navegar en el espacio fuera de los límites de nuestro planeta.

—Quede tranquilo que no es esa nuestra intención.

—También el Ser Primero ha dicho que os considerará huéspedes de honor por el resto de vuestra existencia, si la victoria sobre los krakals y vuestros traidores colegas es un hecho en plazo breve.

—¿Y si se nos escabullen?

—En tal caso pasaréis a la categoría de «conejos de Indias». Aún no se ha comprobado si la inmortalidad ha dejado de ser un tormento para nosotros.

—Di a tu jefe que hemos tomado la debida nota. Cuando regresemos hablaremos más extensamente de ello.

—El Ser Primero jamás se vuelve atrás en lo que ha dicho ya públicamente.

Era inútil discutir con un subalterno como Sax. Pese a sus largos siglos de existencia, el cerebro de Sax seguía tan cerrado como el día de la Gran Catástrofe.

—Subid a las máquinas y seguid las instrucciones que la Voz os irá dando para su manejo.

Se distribuyeron en las tres naves. Lobares pilotaba una y Rimoldi y Cauze las otras dos. En un santiamén se habían elevado y volaban sobre territorio krakal.

Visto desde arriba, la superficie de aquel planeta semejaba un inacabable mármol de vetas multicolores.

La inexistencia de ciudades hacía por una parte monótono el paisaje y de difícil identificación las zonas sobrevoladas. Para Lobares era como si estuviera volando sobre un océano.

Desde que había desaparecido el don de la invisibilidad, tanto

krakals como balangs debían andar sobre la superficie o esconderse debajo de ella. No cabía duda que allá donde se reunieran los nativos era indudable señal de peligro.

Dada la fantástica velocidad del aparato, llevaban a bordo un dispositivo que advertía de la presencia de gente con tiempo suficiente para moderar la marcha. Fue gracias al mismo como pudieron advertir que algo se cruzaba en su camino.

—Un banquete que nos ofrecen — comentó irónicamente Rimoldi, al tiempo que comenzaba a apuntar con algo que debía ser un cañoncito —Podrían tener un poco más de gusto artístico al fabricar sus armatostes.

Había una bandada enorme de «exploradores» avanzando vertiginosamente hacia ellos. Los eslavos del bosquecillo habían dado la voz de alarma a los krakals y éstos se lanzaban con furia sobre los terrestres. La alusión de Rimoldi se refería a la forma de cucharas que tenían las naves combatientes.

Los cañoncitos lanzaban unas bolas de fuego que tenían la propiedad de licuar el aparato tocado. La velocidad, la ligereza en el mando era la única probabilidad de salvación.

Lobares nunca se había visto en la precisión de disparar contra nadie con un cañón como aquél. Pero su manejo era fácil y por otra parte había que defenderse supiese o no.

Impelió una palanca de vidrio hacia adelante y el aparato comenzó a escupir bolas de fuego, al tiempo que daba un brinco para zafarse de la primera embestida krakal.

Sus disparos dieron de lleno contra tres contrarios uno tras otro. Estallaron y una finísima lluvia de mineral licuado se esparció sobre la superficie.

— ¡Cuidado, Rimoldi!

Rimoldi no precisaba de advertencias. En la Tierra había sido un as de la aviación telerrápida y estaba acostumbrado a evitar el choque de aparatos lanzados en dirección opuesta. En pocos minutos dio cuenta de ocho contrarios.

Los krakals sintieron miedo y desaparecieron tan rápidamente como habían venido y los terrestres quedaron de nuevo solos en el espacio. Pero Lobares no se dormía sobre los laureles.

—Hay que seguirlos. Atacarlos en su guarida,

Se precipitaron los tres aparatos en la misma dirección. Por unos segundos de vacilación habían estado a punto de perder la única oportunidad que tenían de vencer a los krakals.

A medida que avanzaban el aparato detectaba la presencia de más y más nativos sobre el suelo. No cabía duda de que iban acercándose a la «capital» donde Krakal dirigía sus huestes. Habían moderado la marcha como hacían las naves fugitivas y podían ver que el paisaje iba cambiando y que los anfiteatros como el que Limanis arengaba a sus huestes eran más frecuentes.

En uno de ellos parecía reinar gran actividad, corno si las gentes se hubieran vuelto hormigas. Lobares quiso saber a qué objetivo dedicaban aquel acelerado trabajo.

El anfiteatro tenía forma de embudo. La nave de Lobares comenzó a trazar espirales para aproximarse a su centro, mientras el piloto daba aviso a sus compañeros.

—Me uniré pronto a vosotros. Seguid persiguiendo a las «cucharas» hasta que deis con su cubil.

Apenas hubo terminado de decir sus palabras y cuando ya había perdido de vista los «exploradores» de Cauze y Rimoldi, sintió que su nave no respondía. Una fuerza de atracción imprevista la succionaba con rapidez. Movió la palanca de las bolas de fuego, pero ésta permaneció rígida.

El suelo se aproximaba a sus ojos a una velocidad increíble y Arturo Lobares iba rectamente a estrellarse contra él, sin poder hacer nada para evitarlo.

La voz que daba instrucciones también había enmudecido. Pero en su lugar resonaba, a través de invisibles altavoces, Una carcajada siniestra, una carcajada que jamás había oído pero que reconocía partía de la garganta de Orskanian.

CAPÍTULO XI

—Tuve que deshacerme de él. Por cierto que por poco le damos a la Sheylord. Me hubiera sabido muy mal.

Orskanian sonreía cínicamente. Tenía ante sí, maniatado, a Lobares, el aborrecido enemigo que tan sencillamente había venido a sus manos. Había bastado aplicar las leyes del magnetismo a un mecanismo krakal para que el anfiteatro se convirtiera en un embudo fatal. La trampa había dado buen resultado.

—Lástima que aun no tengamos a sus colegas. Pero no tardarán en caer también. Como es lógico, querrán saber qué ha sido de su querido colega Lobares.

Nadia Marusov contemplaba la escena en silencio. Se hallaba en una bóveda de cristal de roca fosforescente y el brillo daba un tono macabro a la reunión. Sombras alargadas se entrecruzaban y por un extraño juego de luces los ojos de Ana Sheylord parecían rojos mientras miraban al maniatado Lobares.

—Adrianov se creyó que estaba ya fuera de mis garras. Nunca delegaré ni renunciaré al poder que me confirió el jefe supremo de la Unión Soviético-Asiática. Todos los enemigos de su causa serán exterminados implacablemente.

—Querrá decir asesinados. No se precisa ningún mérito especial para matar a un hombre por la espalda y además desarmado.

—Cuando ese hombre además está atado, el mérito es insignificante. Pero me daré el gusto de desintegrarlo, Lobares, tal como está.

—Nada sacará con ello. Mis compañeros se encargarán de que su plan fracase.

—Sus compañeros tendrán el mismo fin que usted, Lobares. Mejor dicho, acabo de pensarlo mejor y para usted le reservo una clase de muerte que me compense de lo que me hizo en el cilindro.

—Lo que repetiría con mucho gusto, si no me hubieran inmovilizado.

—Le estrangularé con mis propias manos. Luego me ocuparé de que caigan uno tras otro sus compañeros. En cuanto a ésos, también

los liquidaré.

Se refería a Desvrieux, Fontier, Kempler... también maniatados. La bóveda sólo estaba ocupada por terrestres. Nadia Marusov dio unos pasos adelante como si quisiera contemplar mejor a los prisioneros, pero se detuvo ante un gesto negativo de Orskanian. En la pared un hombre contemplaba una pantalla.

—Noidoi está vigilando el espacio para succionar a los otros «exploradores». Ya tengo las huestes preparadas para que, con Krakal a la cabeza, irrumpan sobre los atemorizados balang. Creo que les dimos un buen susto con la Gran Conmoción.

—¿En qué consistió propiamente?—preguntó la Sheylord —. Aún no lo comprendo con exactitud.

—Estos tipos nativos habían olvidado en cierto modo las propiedades de la deflagración nuclear. Me fue fácil encontrar medios de realizar una serie de explosiones de advertencia. Pero en lugar de utilizar hidrógeno o uranio tuve que desintegrar una materia desconocida que Krakal me dijo serviría igual para el caso.

—Por eso no sabía nadie qué era.

Noidoi levantó el brazo en señal de advertencia. Las pantallas registraban la presencia de los dos aparatos pilotados por Cauze y Rimoldi.

—Prepare la tela de araña, camarada Noidoi. No los necesito vivos.

Lobares y sus compañeros se revolvían intentando soltar sus ligaduras, mas sus esfuerzos eran inútiles. Por otra parte las armas que empuñaban sus contrarios no contribuían a mejorar su situación.

La pantalla iba ampliando los movimientos cíe los «exploradores». Noidoi apretó una palanca y se percibió un sonido. El succionador comenzaba a funcionar.

Se vio claramente el esfuerzo de los pilotos para librarse de aquella atracción letal hacia un pozo de haces desintegradoras.

—Caerán como moscas y luego los liquidaremos. El Universo será nuestro. ¡Qué estúpidos ¡fuisteis al creer que con vuestra «Flecha» podríais vencernos !

Orskanian estaba exultante de orgullo, sadismo y locura. Se había erigido en jefe del grupo soviético y ahora comenzaba su fácil

conquista de la Tierra. Sería el hombre más poderoso y temido de Rusia y del mundo entero. Los planetas serían colonias para él y, si conseguía hacerse con el secreto de la inmortalidad, nada ni nadie pondría freno a sus locuras.

—¡Cobarde! —gritó Lobares.

Orskanian se volvió, rojo de ira y dio una brutal bofetada al inerme prisionero.

—Mejor es que calle y no estorbe el bonito espectáculo. — Y añadió dirigiéndose a Noidoi—: Juegue un poco al gato y al ratón con ellos. Detenga unos segundos el succionador.

—Creo que hay bastante...

Por el tono de voz con que habían sido pronunciadas aquellas palabras, todas las miradas convergieron sobre quién se había atrevido a exponer su pensamiento.

Era Nadia Marusov. Su arma no apuntaba a los prisioneros, sino a Orskanian. Desde el lugar que ocupaba dominaba por entero la situación.

—Estoy tan harta y asqueada como el pobre Adrianov. Noidoi, ¡quite esa mano de la manivela de succión!

La pantalla reflejó la fuga veloz de la trampa de quienes habían estado a punto de perecer.

—Merecerla que os hiciera pagar la canallada que cometisteis con Adrianov, matándoos como perros rabiosos. Pero os necesito; ¡soltad las ligaduras de los prisioneros!

Orskanian temblaba como un azogado. No había contado con que a su vez Nadia Marusov, la fiel Nadia Marusov, imitara el ejemplo de la Sheylord y se pasara al enemigo.

—Oye, Nadia, estás cometiendo una estupidez. Te perdono que en un arrebato de locura hayas dejado escapar a los dos «exploradores» enemigos. Pero no te creo tan loca como para condenarte a ti misma al mismo tiempo que a tus compañeros a quedarnos eternamente aquí.

—Lobares y los suyos planean lo más lógico. Salir de este maldito planeta, dejando que se las arreglen solos balangs y krakals. Nos propusieron unirnos a ellos en una tentativa secreta de escapar y en su lugar les hemos declarado una guerra, hemos azuzado a los nativos y ponemos en grave riesgo nuestro planeta natal.

Orskanian aún sostenía su arma y nadie habla obedecido la orden de Nadia de desatar a los mediterráneos. El esbirro de los eslavos se apartó bruscamente del lugar en que estaba al tiempo que disparaba contra Nadia. Pero ésta también se había movido con ligereza, hurtando su cuerpo, y había repelido el ataque. Orskanian cayó al suelo acribillado. Nadia Marusov también estaba herida.

—Os mataré a todos si no os dais prisa. Los krakals se van a dar cuenta. ¡Soltad las ligaduras!

Esta vez todos obedecieron. Lobares quedó libre al mismo tiempo que Nadia se tambaleaba por efecto de las heridas. Él la cogió entre sus brazos antes de que llegara al suelo.

* * *

—¡Los krakals!

Las hordas peludas de aquella zona del Centro Sideral de los Dos Mundos se habían dado cuenta de que algo anormal ocurría en el cuartel general de los extranjeros. Tomaron todas las salidas mientras enviaban grupos a explorar las galerías conducentes.

Los compañeros de Lobares dominaban momentáneamente la situación en la bóveda, mas aquello no era suficiente. Había que salir de allí. Pero, ¿cómo?

La misma Nadia, con voz débil, dio la solución, apuntando a la pantalla.

—Llamad a Rimoldi y al otro desde la pantalla. Os diré cómo...

Se oía el rumor confuso de las hordas que avanzaban, de miles de grandes cabezas, ávidas de ensañarse con aquellos díscolos extranjeros.

—¡Rimoldi! ¡Cauze! Regresad al embudo. Necesitamos vuestra ayuda.

Cabía en lo posible que creyeran que aquello era un ardid. Por un descuido inexplicable no habían convenido una clave antes de emprender el vuelo.

—¡Ya están aquí! Escapemos.

Se habían abierto unos agujeros en la bóveda y los krakals irrumpían por ellos. Las armas de los terrestres comenzaron a escupir la muerte que tanto deseaban los del planeta, pero cada vez eran más

y más los que se descolgaban.

En medio de la pelea habían desaparecido la mitad de los rusos y Ana Sheylord. Los restantes se defendían de los krakals a patadas y mordiscos y parecían dispuestos a seguir a Lobares en su camino hacia la libertad.

Desvrieux, impasible, en medio de la barahúnda, seguía manejando la pantalla, lanzando afuera la llamada de los acorralados. ¿Serían captadas por sus compañeros las continuas solicitudes?

Lobares temía que se agotaran las municiones. Lanzaba gritos animando a sus compañeros y procuraba cubrir a Nadia, la cual, recostada contra la pared, no dejaba inactiva su «cien tiros».

Desvrieux recibió Un tremendo golpe y cayó sin sentido. Un hombrecillo destrozó la pantalla y cuando el coronel Fontier intervino, poniéndolo a su vez fuera de combate, el destrozo era ya irremediable.

La bóveda .era un hormiguero de krakals. Muchos caían, atacando suicidamente a los terrestres, sin hurtar el cuerpo, pero iba a llegar un momento en que Lobares tendría que rendirse o dejarse matar.

Percibióse claramente y de improviso un signo de sorpresa entre los que atacaban. La oleada cedió y como la marea comenzó a retroceder lentamente, chocando con los cuerpos que llenaban las galerías. Desde el exterior alguna fuerza desconocida les impedía salir.

Aldo Rimoldi había hecho su aparición.

CAPÍTULO XII

La extraña nave había salido fuera de la órbita de los Dos Mundos. Quedaban ya muy lejos en el tiempo el Centro Sideral, el Imperio Balang, las hordas de Krakal. Orskanian...

Había costado Dios y ayuda hacerse con ella. Pero ya estaban de regreso. Gracias a Rimoldi y Cauze la última parte de la aventura había terminado felizmente.

Es decir, la aventura en tierras del gigantesco planeta. Ahora faltaba lo peor.

El verboso italiano no cesaba de contar que por sólo un margen de segundos habían estado a punto de perderse todos en la bóveda. Había captado una débil llamada.

—Cauze me había indicado el lugar exacto en que se habían escondido las naves que perseguíamos. Iba a decirle que atacáramos, cuando, intranquilos por vuestro silencio, conecté algo que me pareció una pantalla transmisora, a tiempo justo de escuchar unas palabras de Desvrieux, interrumpidas bruscamente por algo que me pareció un batacazo...

La intervención de Rimoldi había expulsado a los krakals, pese a sus afanes de librarse de la inmortalidad. Luego había venido la conquista del cubil de las naves krakals.

—¡El chasco que nos llevamos al ver que las naves de los krakals sólo servían para volar sobre su planeta! Parece que estos tipos están más atrasados que los balangs. Menos mal que con ellas pudimos colarnos de rondón en el garaje de Limanis y apoderarnos de esté cacharro con el que, ayudados por Dios, quizá lleguemos algún siglo a la Tierra bienamada de nuestros antepasados que nunca debimos despegar de nuestros pies.

Si, todo había salido bien. Pero ahora venía lo más peliagudo. Para el viaje de ida habían estado «avanzando contra el Tiempo», como había dicho Limanis. Veintitrés siglos habían transcurrido desde su partida y ahora habría que añadir otros veintitrés.

En total la escalofriante cifra de cuatro mil seiscientos años los separaban de las gentes que el día que llegaran habitarían en la Tierra. Ellos serían como momias redivivas que en 1.981 se hubieran

presentado en un partido de fútbol mirándolo todo con ojos asombrados. ¿Qué habría ocurrido mientras tanto en el planeta?

¿Existiría acaso?

El hombre y la ciencia habrían llegado a extremos de paroxismo durante el primer siglo de la ausencia de los tripulantes del «Flecha». La locura podía haber llegado a su cénit y Dios habría condenado a sus ensoberbecidas criaturas a destruirse de la manera más sencilla. Bastaba con que el planeta se desintegrara y volviera al polvo cósmico.

Tal era la angustiosa probabilidad con la que se enfrentaban los que a través del remoto espacio navegaban en busca de su minúscula patria.

¿Dónde irían si no la hallaban?

Debía hacer mucho tiempo que habían salido del Centro Sideral. Ahora ya no lo debían llamar así, si no devolverle su nombre ele planeta X de la Estrella doble 61 del Cisne.

Habían pasado por la hibernización. Se habían ido despertando gradualmente y se habían hallado Con barbas largas, uñas larguísimas, helados hasta la medula.

—Por fuerza nos hallamos cerca de nuestro sistema solar —anunció Lobares—. Pongámonos presentables.

Nadia Marusov había sido la primera en salir del estado de hibernización. Ayudaba silenciosamente a sus compañeros ocupando el puesto de la desaparecida Ana Sheylord. Otros rusos no menos silenciosos, no acababan de darse cuenta cabal de que, aun en los límites de aquella nave del espacio, eran hombres libres.

Poco trabajo cabía hacer. La nave avanzaba sola por entre enjambres de estrellas jamás vistas. Quizá algunas desde la Tierra fueran reconocibles, pero no desde allí.

Había muchos aparatos en la nave balang que ignoraban para qué servían. Pero otros, los más vitales, como los de hibernización, control de dirección, regulación de temperatura, eran de fácil manejo, después de haber ensayado en parte con los «exploradores». Sí, sólo se trataba de ir avanzando a través de las galaxias hasta dar con la Vía Láctea, con el familiar Zodíaco. Una vez allí les resultaría fácil orientarse hacia la Tierra.

Los días transcurrían monótonos. Se sentían desplazados en

aquellas vastas inmensidades, en un viaje para el que nada habían previsto. Además, la angustia de si podrían asimilarse a una nueva época, tan diferente de la que estaban acostumbrados a vivir.

Sin embargo, para Nadia Marusov y sus compatriotas, aquello no constituía problema. En aquel salto de tiempo estarían alejadísimos de la pugna que les había separado de los hombres que como ellos habían pretendido la conquista del espacio, Lobares se sentía atraído por el enigma de Nadia.

—¿Destrozado todo lo que constituía su fanatismo, no será más feliz ahora? —le preguntó.

Había desaparecido aquella dureza en sus facciones que enturbiaba su eslava belleza. Sonrió al oír las palabras de Arturo Lobares.

—Encuentro algo extrañó en esta nueva situación, es cierto. Quizá llegue algún día a ser feliz.

—Depende de usted misma, Nadia. Sea mujer y será feliz.

Ella se ruborizó. Ya no era el activo miembro del comité de Satelgrad, sólo preocupada por cálculos, ingeniería y doctrina política, ¿Qué le había obligado a volverse contra Orskanian, rompiendo con su pasado?

—Adrianov era un hombre apasionado con sus inventos, pero de una bondad innata. Nunca había querido mal para nadie. Sentía yo en el fondo mucha simpatía por él, aunque muchas veces yo no me daba cuenta o ahogaba aquel sentimiento que no compaginaba con mis actividades de servidora del Kremlin.

Hizo una pausa y continuó:

—Cuando usted y él se conocieron, comprendí que si él no rechazaba a los que le habían dicho que eran enemigos, es que éstos no eran lo que la propaganda nos había hecho creer. Es decir, que los amigos de Adrianov podían ser mis amigos.

»Comenzaron a irritarme los sarcasmos de Orskanian, el vacío que se le comenzó a hacer al profesor. Cuando estábamos en el bosquecillo acechando la llegada vuestra, Orskanian y Adrianov comenzaron de repente a discutir. Aquella mujer, la Sheylord, le había acusado de ser un espía aliado cuando salió a parlamentar. Adrianov agredió al esbirro a pesar de no estar armado y corrió a reunirse con nosotros.

»Orskanian, fríamente, lo asesinó. Cayó entonces la venda de mis ojos, Lo demás, ya lo sabe, Lobares.

Él la miró fijamente en los ojos, cogiéndole a distancia los brazos. No, ella no mentía. Había vuelto a ser mujer.

— ¡El «Flecha»!

La palabra pronunciada por Aldo Rimoldi hizo mirarse unos a otros asombrados. ¿Qué significaba, aquel absurdo vocablo? ¿Se había vuelto loco el piloto italiano?

—Parece increíble, pero ahí está. Miradlo. ¡Frenad!

Todos se precipitaron a las pantallas visoras. Rutilante, espléndido, solitario, el satélite artificial, aparecía ante sus ojos. Lejos se distinguía claramente la esfera terrestre, brillante en medio de la negrura del espacio.

—¿Cómo ha podido permanecer tantos años, tantos siglos, sin caer a la Tierra? Es verdaderamente maravilloso.

Lobares pensaba otra cosa. Limanis podía decir la verdad, pero...

—¿Tantos siglos? Es muy extraño todo esto. Ya nos lo explicarán abajo.

—Estoy anhelante por llegar. Frenemos la velocidad, si no queremos desintegrarnos.

La nave interplanetaria se acercaba velozmente al planeta artificial.

— ¡Adiós, «Flecha»!

Creían que iban a pasar de largo cuando, sucedió algo sorprendente.

La nave balang comenzó a trazar círculos alrededor del satélite. Rimoldi comenzó a mover palancas, pulsar botones, vanamente. El aparato se había empeñado en convertirse a su vez en satélite del «Flecha».

—Con esto no contábamos. Ahora que estamos en la puerta de casa, nos ocurren estas endiabladas cosas.

—¡Hay que salir de este aprieto, antes de que sea demasiado tarde!

Para colmo se les despertó un apetito y una sed atroces, como si llevaran varios días sin comer. Ahora que se hallaban dentro de la órbita terrestre el tratamiento alimenticio de los balang ya no surtía efecto. Miraban angustiosamente por todos los rincones de la nave en busca de agua. La boca reseca, el estómago doliendo, les puso al borde de la desesperación.

—No queda otro remedio que trasladarnos al «Flecha». Si el satélite se ha conservado, también estará' intacto su contenido. Allí encontremos agua y alimentos. Y además sabemos cómo regresar desde el satélite a la Tierra.

—Tienes razón, Lobares.— dijo Desvrieux—Pero puede ocurrir que el satélite esté condenado a permanecer en la órbita terrestre. Pero peor estaremos aquí… ¡Qué gana tengo de beber un vaso de agua fría!

—Y yo de comerme un muslo de pollo con un jarro de cerveza. Uno, dos pollos enteros

—Un cubo de agua…

La nave balang, violentamente forzada por Rimoldi, comenzó a trazar una espiral que iba cerrándose en torno al «Flecha» mientras reducía su velocidad. Finalmente quedó inmóvil cerca de la escotilla principal de entrada.

—Ya hemos llegado a la isla. No habrá necesidad de amarrar el bote. No creo que se escape la nave.

Confiaban en atraerla a la Tierra. Si lo que sospechaba Lobares se confirmaba, la llegada de una nave de un imperio remoto causaría indudable sensación en todos los medios del mundo. Con tiempo podrían estudiarla a fondo y utilizarla como modelo para la total exploración del espacio.

Se colocaron las escafandras especiales y, con precaución, fueron saliendo todos y penetrando por la escotilla del satélite. Salvo algunos desperfectos, estaba todo como el día en que fueron secuestrados por los enviados de Limanis.

Se abalanzaron todos hacia la despensa. Sólo Lobares, preocupado por el enigma, se había detenido ante la pantalla silenciosa que presidía el departamento de comunicación.

¿Qué revelaría ésta cuando pulsara el botón? Era Una ventana asomada al futuro, una ventana que les anticiparía algo de lo que sus

ojos iban a ver cuando llegaran a la Tierra. Ciudades desconocidas, seres vestidos de una manera fantástica, una civilización en grado de adelanto inaudito o en regresión a la barbarie. La pantalla podría reflejar un planeta arrasado o una geografía desconocida en la que hubieran desaparecido los cultivos, los ríos, las montañas obstáculo, las costas violentas. Quizá la vida había muerto ya siglos atrás.

Temblaba su mano cuando dio marcha al aparato. El control estaba situado para captar Burgi Assad. ¿En qué se habría convertido el desierto del Sahara durante aquellos milenios?

La pantalla televisora se iluminó y Lobares quedó mudo de asombro.

Algo de ello esperaba, pero no así, tan bruscamente.

Porque en la pantalla se reflejaba la imagen del general Roberts, que con ansiedad, preguntaba:

—¡Gracias a Dios! ¿Qué les ha ocurrido durante estos tres días?

* * *

Nadie quería creerlos, ni el propio general Roberts ni nadie en todo el orbe. Todos los científicos rechazaban por absurda la historia que todos los ocupantes del «Flecha» narraban, sin ninguna discrepancia en los detalles.

Habían sido recibidos como héroes a su llegada a Burgi Assad. Algunos periodistas habían captado los mensajes cruzados entre Roberts y Lobares y los habían divulgado, dando así conocimiento al mundo entero de la extraña aventura que los del «Flecha» decían haber vivido en una remota estrella.

El satélite artificial había ido descendiendo suavemente hasta llegar a la base. Los radiotelescopios no descubrían ni rastró de los satélites artificiales soviéticos, prueba indudable que la presencia del enviado por la alianza occidental les había obligado a todos a retirarse.

En Burgi Assad se habían reunido para recibirles los principales dirigentes militares de ambos lados del Atlántico. Existía interés en oír de los propios labios de sus protagonistas «la sensacional aventura a través del tiempo y del espacio», como la habían motejado televisoras y periódicos.

Lobares descendió por le escotilla y estrechó la mano del general

Roberts. Siguiendo los demás. Un rumor de desconcierto acogió las palabras de los que «habían escogido la libertad». Nadia había perdido ya el temor y no se alejaba de Lobares, cuya presencia le daba ánimos en aquel mundo tan desconocido por ella como lo fuera el planeta de los krakals y los balangs.

Se cerraron las puertas del pabellón de liberaciones y Lobares aguardó las preguntas.

—Tenemos que felicitarles — dijo Roberts — porque han realizado la exploración con éxito y además han barrido el espacio de fisgones rojos. Pero lamentamos decirles que no comprendemos qué ráfaga de locura ha pasado sobre ustedes para que todos expliquen una inverosímil aventura.

—Si la explicamos todos, no puede ser ni sueño ni locura — contestó Lobares—. Tenemos pruebas de que no es una mentira lo que decimos.

—¿Cuáles? ¿Las han traído?

—En primer lugar, existía la nave balang. Desgraciadamente se fundió al chocar con nuestra atmósfera, para la que seguramente no estaba preparada.

—Una prueba no presentada no es tal. Podían haberse llevado nativos.

—Ni se nos ocurrió ni tampoco hubiéramos podido. Pero tenemos entre nosotros a varios súbditos de la Unión Soviético-Asiática. ¿Cómo explicar su presencia a bordo de nuestro satélite?

—Muy fácilmente — intervino un militar atlántico—. Al ser violentamente desplazados los satélites rojos, algunos de sus tripulantes utilizarían su salvavidas y caerían sobre el «Flecha».

Lobares hizo un gesto de desaliento.

—Comprendo que no puedan creer que haya sido posible navegar a través de miles de años de luz y al regresar hallarnos como si sólo hubieran transcurrido tres días.

—Hemos levantado un atestado en el que se da cuenta de que por causas desconocidas la transmisión no se pudo efectuar durante tres días, los que hemos estado sin noticias.

—Los que duró nuestra aventura… — Lobares sonrió, comprendiendo que estaban dudando de si su cerebro estaba o no

equilibrado, y continuó — es decir nuestra fuga a los espacios. Quizá algún día, cuando la navegación llegue a las más remotas estrellas, cuando la astronáutica total sea un hecho, los primeros que aterricen en el gigantesco planeta verán que sí hemos estado allí. Incluso hallarán, — cosa misteriosa a sus ojos — una raza de seres asombrosamente parecidos a los terrestres.

Lobares volvió a sonreír, mirando esta vez a Nadia. Ella también estuvo a punto de soltar una carcajada. Ambos habían pensado en Ana Sheylord, en el ambicioso Noidoi, en los que allí habían quedado.

Era noche cerrada cuando se disolvió la reunión. Se había dado la noticia oficial del éxito del lanzamiento del primer satélite artificial aliado y desde Tánger, Madrid, París, Roma, Estambul, El Cairo y de todas partes se captaban informes del colosal recibimiento que en cada una de las patrias se tributaría a los expedicionarios.

También se sabía que la policía había detenido en Tánger, gracias a los informes que diera Lobares, a una potente organización de espías dirigida por Birossy. En poco tiempo el español se había convertido en un importante personaje para el que habían de contar en futuras aventuras.

En Burgi Assad reinaba, sin embargo, el silencio y la tranquilidad. En aquel rincón del Sahara el cielo era puro, el aire nocturno frío y la sensación de paz, infinita. Lobares salió fuera del barracón y encendió un cigarrillo.

Comenzó a andar y se detuvo durante unos segundos contemplando la inmensa mole del «Flecha», que como monstruo prehistórico parecía descansar después de una fatigosa marcha.

La luna iluminaba las dunas arenosas. Las estrellas cubrían tupidamente el firmamento en una claridad inconcebible en las metrópolis. Aspiró con placer dándose cuenta de lo terrible que hubiera sido para él anticiparse cuatro mil años hacia el futuro.

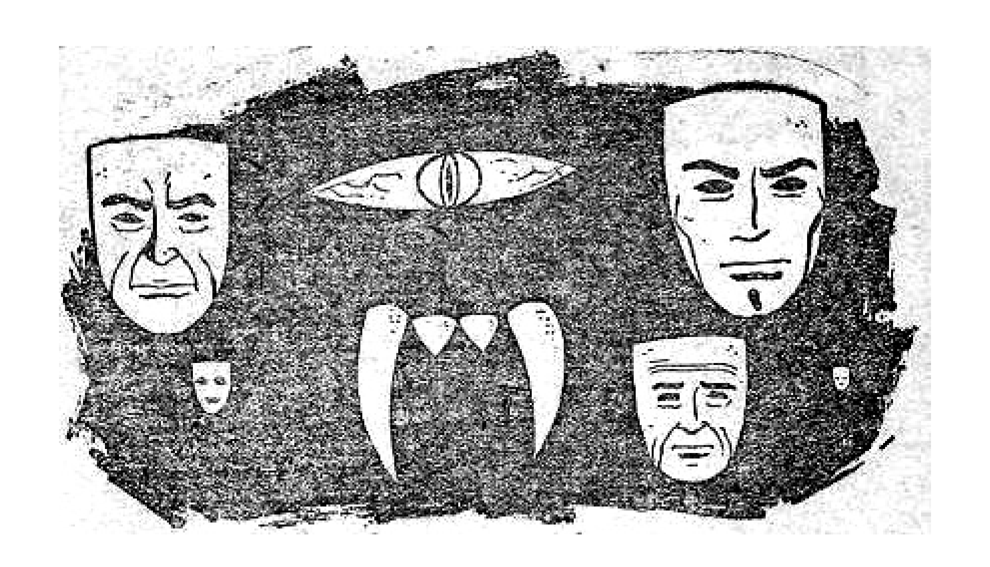
Vio recortada una silueta femenina sobre el fondo del cielo. Remontó la duna y se encontró frente a Nadia.

Durante unos minutos se miraron mutua, fijamente, ella pronunció con un murmullo de voz.

—Gracias, Lobares. ¿Sabes una cosa? Soy feliz…

Ella alzó la mirada hacia la bóveda estrellada. ¿Buscaba quizá la estrella doble 81 del Cisne? ¿Marte? ¿Venus?

F I N



¿TRAS QUÉ ROSTRO SE OCULTA KOPHO,

el diabólico ser llegado a la Tierra por un accidente de su nave espacial?

Era un astuto genio de otro mundo que podía haber suplantado la apariencia de cualquier persona para atacar impunemente al resto de los humanos.

¡ELLA SABÍA CON SEGURIDAD QUE LA CARA DEL PROFESOR. DEL INSPECTOR DE POLICÍA, DE SU PROMETIDO O DE SU PROPIO PADRE, ESCONDÍA LAS HORROROSAS FACCIONES DE UN MONSTRUO!

LA ASTRONAVE FANTASMA

llevaba el terror al populoso París del siglo XXI

LAW SPACE

le ofrece, en el próximo número, el vivo interés de un relato estremecedor:

LA ASTRONAVE FANTASMA